

CONFLICTOS Y DESTRUCCIONES EN LA CELTIBERIA CITERIOR ENTRE LOS SIGLOS III Y I A. C.: EL YACIMIENTO DE «EL CALVARIO», EN GOTOR, ZARAGOZA

CONFLICTS AND DESTRUCTIONS IN THE CITERIOR CELTIC IBERIA BETWEEN THE 3RD AND 1ST
CENTURIES BC: THE SITE OF «EL CALVARIO» IN GOTOR, ZARAGOZA

FRANCISCO ROMEO MARUGÁN

*Dirección General de Cultura y
Patrimonio. Gobierno de Aragón*

Resumen

En el yacimiento celtibérico «El Calvario», en la localidad zaragozana de Gotor, se han podido identificar hasta tres destrucciones violentas en un lapso de tiempo relativamente breve entre finales del siglo III a. C. y el primer cuarto del siglo I a. C. A las dos primeras siguió la reconstrucción total y la remodelación de las estructuras. La tercera abocó al abandono definitivo del asentamiento. Este yacimiento aragonés nos habla de una vida convulsa y violenta en esta zona de la Celtiberia entre el siglo III y el I a. C. El grado de arrasamiento de las estructuras, junto con la aparición de varias monedas, nos aproximará al contexto histórico de dichas destrucciones. Del mismo modo podremos comprobar los problemas que plantea el repertorio cerámico celtibérico para poder fijar márgenes cronológicos entre finales del siglo IV y el I a. C. «El Calvario» se encuentra a 11,5 km de la ciudad celtibérica de *Aratis*, y con seguridad se localiza dentro de su esfera de control político y económico, en un área en la que la metalurgia fue sin duda la actividad más relevante, llegando a ordenar, vertebrar y dar sentido a la ocupación celtibérica de toda la actual comarca del Río Aranda.

Palabras claves. Celtiberia Citerior, primera guerra celtibérica, Sertorio, metalurgia, dataciones.

Abstract

Archaeological research has documented three violent destructions in the Celtic Iberian site of “El Calvario” (Gotor, Zaragoza) between the end of the 3rd century and the beginning of the 1st century BC. After the second destruction, the site was completely remodeled and rebuilt. The third and last destruction led to its final abandonment. The devastated structures, together with some coins, portray the violent context of the Celtiberian area during the last centuries of the first millennium BC. Additionally, we can confirm the problem of establishing a chronology for the Celtiberian pottery between the 4th and 1st centuries BC. “El Calvario” is located in the region controlled by the Celtiberian city of *Aratis*, where metallurgy was the most important economic activity. Metallurgy organized and gave meaning to the Celtiberian occupation in the current region of the Aranda river.

Key words. Citerior Celtic Iberia, first Celtiberian war, *Sertorius*, metallurgy, datings.

Para citar este artículo / To cite this article: Romeo Marugán, F. (2016). Conflictos y destrucciones en la Celtiberia citerior entre los siglos III y I a. C.: El yacimiento de «El Calvario», en Gotor, Zaragoza. *Lucentum*, XXXV, 65-90. doi: 10.14198/LVCENTVM2016.35.03

Para enlazar con este artículo / To link to this article:
<http://dx.doi.org/10.14198/LVCENTVM2016.35.03>

CONFLICTOS Y DESTRUCCIONES EN LA CELTIBERIA CITERIOR ENTRE LOS SIGLOS III Y I A. C.: EL YACIMIENTO DE «EL CALVARIO», EN GOTOR, ZARAGOZA

CONFLICTS AND DESTRUCTIONS IN THE CITERIOR CELTIC IBERIA BETWEEN THE 3RD AND 1ST
CENTURIES BC: THE SITE OF «EL CALVARIO» IN GOTOR, ZARAGOZA

FRANCISCO ROMEO MARUGÁN

*Dirección General de Cultura y
Patrimonio. Gobierno de Aragón*

1. INTRODUCCIÓN

Entre 1994 y 2001 se llevaron a cabo una serie de intervenciones arqueológicas en el yacimiento denominado «El Calvario», en las proximidades de la localidad zaragozana de Gotor, en el valle del Río Aranda (Fig. 1). Estas actuaciones arqueológicas se centraron en dos zonas del yacimiento y permitieron recuperar, como veremos, una secuencia estratigráfica que abarca desde un momento a mediados del siglo III a. C. hasta el siglo I a. C. En este lapso de tiempo se han documentado tres destrucciones consecutivas que arrasaron el asentamiento y obligaron a realizar reconstrucciones prácticamente totales del mismo. La última destrucción supuso su abandono definitivo, dando sentido a la famosa carta de Pompeyo al senado de Roma (Sall., *Hist.* II, 98; García, 1991, 282-284) en la que reclamaba, en el contexto de la guerra contra Sertorio, más tropas y dinero, ya que *Hispaniam citeriorem, quae non ab hostibus tenetur, nos aut Sertorius ad interuentionem vastavimus praeter maritimas ciuitates...* Él y Sertorio habían devastado totalmente la *Hispania Citerior*.

El yacimiento se asienta sobre una suave elevación en la margen izquierda del río Aranda, a las afueras de la localidad de Gotor, en la provincia de Zaragoza. Geológicamente se sitúa en la rama aragonesa de la Cordillera Ibérica, al Sur de la Sierra del Moncayo. En ella afloran depósitos de todas las Eras destacando la superposición de las etapas tectónicas de las orogenias Hercínica y Alpina. Destaca también el hecho de que los niveles plásticos triásicos, que son los que afectan al área de estudio, dan lugar a una tectónica gravitacional o de deslizamiento, ocupando una amplia extensión entre los cursos de los ríos Aranda e Isuela, aflorando los niveles de las Facies Bustsandstein en la zona ocupada por el yacimiento de El Calvario. Estas Facies están constituidas por sedimentos de conglomerados y microconglomerados con intercalaciones de areniscas a los que les siguen sedimentos de areniscas rojas de grano fino con matriz arcillosa y la serie con limolitas

y arcillas con finas intercalaciones de areniscas. Este hecho es especialmente relevante dada su relación con la presencia de mineralizaciones de plata, cobre y, sobre todo, hierro.

En el yacimiento se pueden observar en superficie dos áreas claramente diferenciadas que se extienden por una superficie de más de 5 ha; una situada en la elevación o *cabezo* que da nombre al yacimiento y que



Figura 1: Situación del yacimiento arqueológico de El Calvario en Aragón, junto con la situación de las principales ciudades y yacimientos citados en el texto.



Figura 2: 1.— El yacimiento en vista aérea con la indicación de las principales zonas de intervención. 2.— Vista del yacimiento desde el Sur.

se caracteriza por una concentración de cerámica celtibérica, con una superficie de 1,2 ha, y otra con abundante cerámica de cronología romana imperial que se extiende hacia el Este por los campos de labor situados al pie del citado *cabezo* (Fig. 2.1).

En el núcleo de esta zona de ocupación romana, en uno de los puntos de mayor concentración de cerámica junto a restos de *tegulae*, se realizó un sondeo arqueológico en el que se localizó un nivel de ocupación de época imperial con numerosos restos óseos. La presencia de dos pasadores de hueso, uno de ellos de cabeza esférica con una cronología entre el II y el III d.C. (Cinca y García, 1991, 146-148), junto a restos de fauna y un instrumento de sílex permite suponer que se trata de una zona dedicada al trabajo del hueso. Este nivel puede situarse en un momento indeterminado entre la segunda mitad del siglo I d.C. y la primera del II d.C. gracias a la aparición en el mismo de bordes de Ritterling 8, procedentes del próximo alfar de Villarroya de la Sierra. Algunos bordes de cazuelas de cerámica común africana, concretamente pertenecientes a la forma Ostia III, 267 A (Aguarod, 1991, 336), nos permitirían prolongar más la vida del yacimiento,

aunque esta producción se encuadra entre la primera mitad del siglo II y los comienzos del V d.C. (Aguarod, 1991, 281).

Desde un primer momento se constata la vinculación del asentamiento con la metalurgia ya que en la práctica totalidad de la superficie del yacimiento se reconocen numerosos fragmentos de escoria de fundición de hierro. De hecho, en la ladera este de la elevación y extramuros del poblado celtibérico, se pudieron identificar al menos dos hornos de presumible cronología altoimperial, evidenciados por grandes losas de piedra con bloques de escoria adheridas. Se trata de restos del suelo de las cámaras de unos hornos sobre los que no se ha llegado a intervenir, pero que resultan de máximo interés.

2. EL ASENTAMIENTO CELTIBÉRICO

Sobre el asentamiento celtibérico se han realizado desde 1994 un total de cuatro campañas de excavación arqueológica con una superficie próxima a los 200 m cuadrados. Todas estas campañas han permitido recuperar unas estructuras correspondientes a un mínimo de tres ámbitos, que hemos identificado como viviendas de cronología celtibérica, y la muralla que delimita el asentamiento. En las viviendas se han reconocido tres momentos de ocupación, que hemos denominado como fase I, II y III, de más antigua a más reciente.

En el proceso de excavación se han definido más de 350 unidades estratigráficas y se han recuperado, lavado, siglado e inventariado casi 30.000 fragmentos y piezas arqueológicas.

2.1. EL SISTEMA DEFENSIVO

Uno de los puntos donde se centró la actuación fue en un tramo de la muralla que encintaba la parte superior del *cabezo* (Fig. 2.1), y que había pasado inadvertida totalmente debido a su reutilización como bancal, un fenómeno habitual y que suele enmascarar los lienzos de muralla (Moret, 1990, 7).

Los trabajos en la zona de la muralla consistieron básicamente en la limpieza de un largo tramo de su trazado Noreste, de unos 20 m de largo, y en la delimitación de una estratigrafía válida que arrojasen datos sobre la cronología de la misma.

Tras la intervención arqueológica se pudo comprobar que se trataba de una muralla realizada mediante la técnica de la construcción de dos paramentos con el espacio intermedio relleno con piedras sin trabajar y tierra apisonada. Para nada cabe considerar esta técnica de construcción como *emplecton* (Romeo, 2005, 198-199), ya que la consideramos propia del mundo indígena peninsular (Romeo, 2002, 167), y aparece en próximos yacimientos de cronologías anteriores o similares (Royo, 2009, 79).

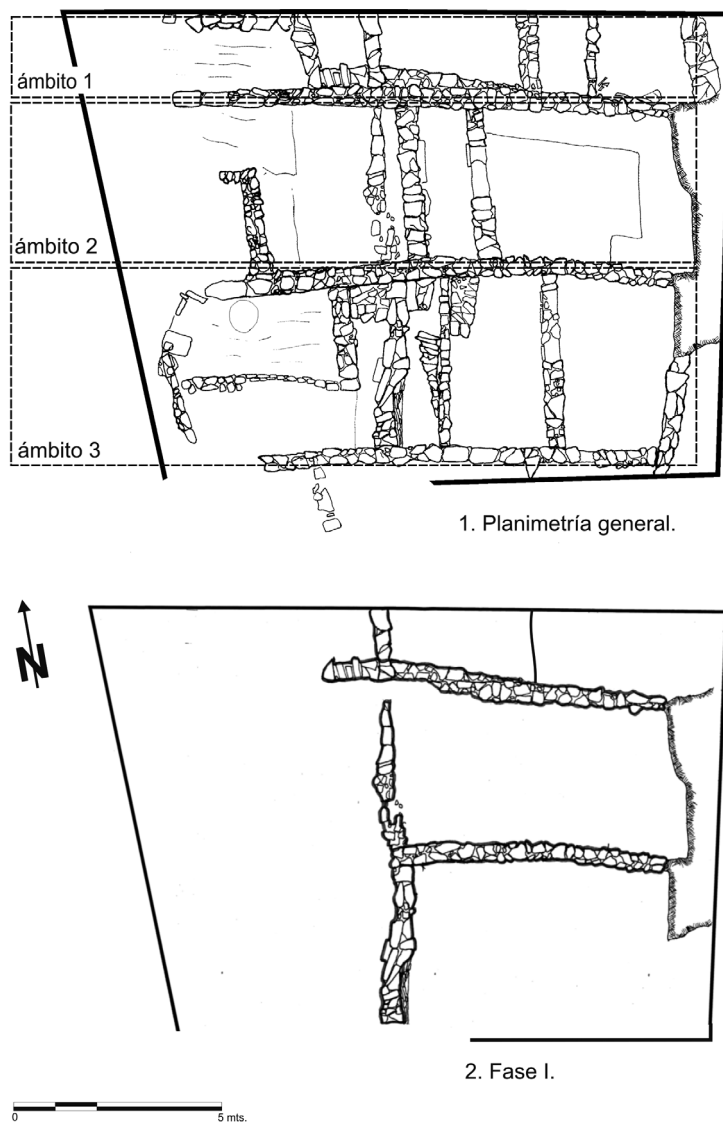


Figura 3: 1.– Planimetría general de la zona excavada, con la indicación de los diferentes ámbitos identificados. 2.– Planimetría de la fase I.

La muralla se asienta directamente sobre el sustrato rocoso natural en el caso del lienzo interior, mientras que el lienzo exterior presenta una cimentación consistente en dos hiladas que sobresalen entre 8 y 12 cm de la anterior. La primera hilada no apoya sobre el sustrato de arenisca sino que sienta sobre una delgada capa de arcilla apisonada. Algunos casos de cimentaciones consistentes en hiladas sobresalientes existentes en yacimientos del ámbito ibérico, como El Cabezo de Alcalá de Azaila (Beltrán, 1976, 127) o La Romana de la Puebla de Híjar (Beltrán, 1979, 111), se han querido relacionar con posibles influencias de corte clásico gracias al trabajo de Lugli (1957, 183). Consideramos que el caso del yacimiento gotorino es una solución local a un mero problema constructivo (Romeo, 2002, 166-167; Romeo y Royo, 2015, 353). Por otra parte desconocemos si esta solución se da a lo largo de todo el recorrido del lienzo de muralla ya que el tramo intervenido no permite extraer conclusiones definitivas.

El paramento exterior de la muralla solo puede ser descrito como irregular, alternando sin ningún tipo de orden sillares de arenisca groseramente tallados de dimensiones que rondan los 65 x 40 x 30 cm con elementos perfectamente escuadrados de 100 x 22 cm, calzados con lajas y ripio de variadas dimensiones.

Al pie de la muralla, por el exterior, se localizó un basurero de cronología romana, cuya formación parece comenzar en la segunda mitad del siglo I d.C. para desaparecer a mediados del siglo III. Este basurero apoya directamente sobre el sustrato rocoso, lo que indica una limpieza previa del entorno de la estructura defensiva que impide aproximarnos a la fecha de construcción del lienzo defensivo.

La desaparición por la erosión de la zona correspondiente al paramento interior de la muralla, donde aflora directamente la roca, ha impedido precisar hasta el momento tanto el grosor de la muralla, superior en cualquier caso a los 150 cm, como la misma

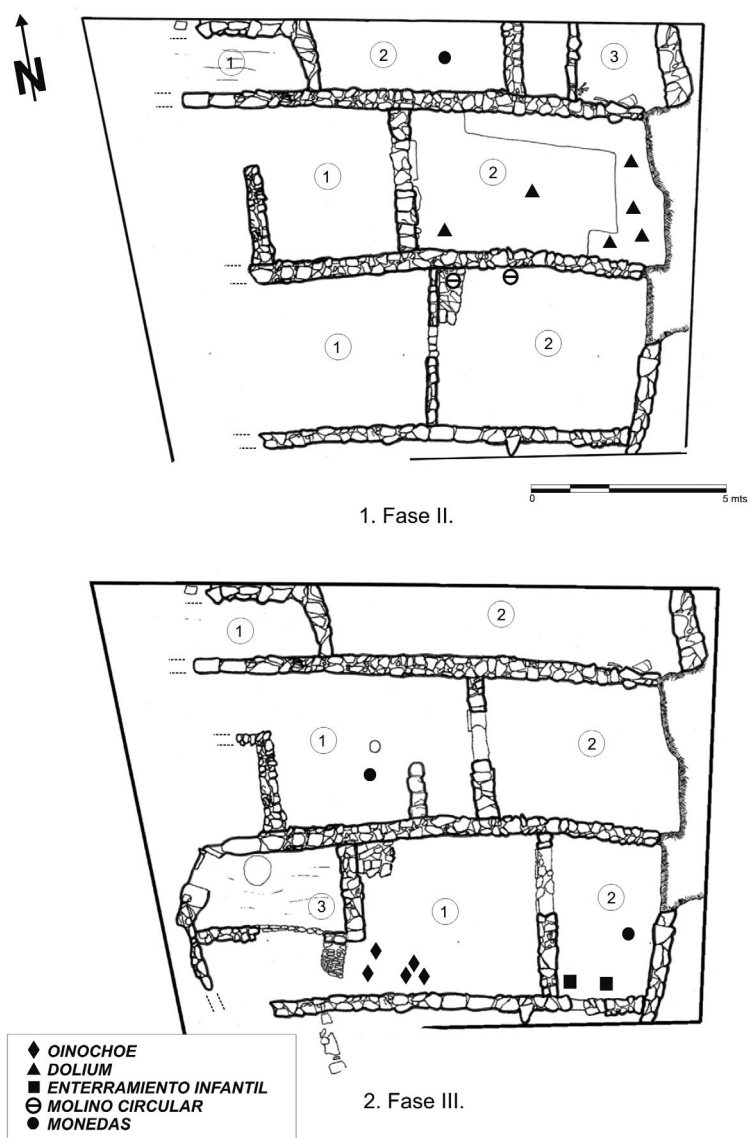


Figura 4: 1.— Planimetría de la fase II. 2.— Planimetría de la fase III.

cronología del momento de su construcción, aunque hay que pensar, como es lógico, que el recinto defensivo se construiría al mismo tiempo que se producía la primera ocupación del yacimiento (Royo y Romeo, 2015, 368 ss.).

El resto del recorrido de la muralla parece indicarnos que ésta ha desaparecido o que se encuentra, como al noreste, bajo un muro de aterrazamiento de cronología moderna y contemporánea. Se puede descartar la presencia de torres u otras obras de flanqueamiento, lo que está en sintonía con la reducida presencia de este tipo de obras en los sistemas defensivos ibéricos del valle medio del Ebro a partir del siglo IV a. C. (Romeo y Royo, 2015, 350-351).

Rodeando el asentamiento se ha reconocido un foso perimetral en sus flancos norte y este. Se encuentra casi totalmente colmatado, salvo en un reducido tramo que permite afirmar su presencia con una anchura entre 10 y 12 m. El foso correspondería a

la fase inicial del asentamiento y, en cualquier caso, sería anterior al final del siglo III a. C. (Romeo, 2002, 162).

Podemos concluir de este modo que el sistema defensivo de este asentamiento era extremadamente sencillo; un lienzo continuo de muralla, parece que sin obras de flanqueamiento, y un foso perimetral en las zonas más accesibles con unas dimensiones contenidas, respondiendo a modelos habituales en esta zona peninsular de finales del siglo V o del IV a. C.

2.2. ESTRUCTURAS Y ESTRATIGRAFÍA

Los trabajos desarrollados en la ladera Suroeste permitieron sacar a la luz tres ámbitos diferenciados en un área aproximada de 150 ms cuadrados, correspondientes a viviendas dotadas de espacios diferenciados (Fig. 3.1).

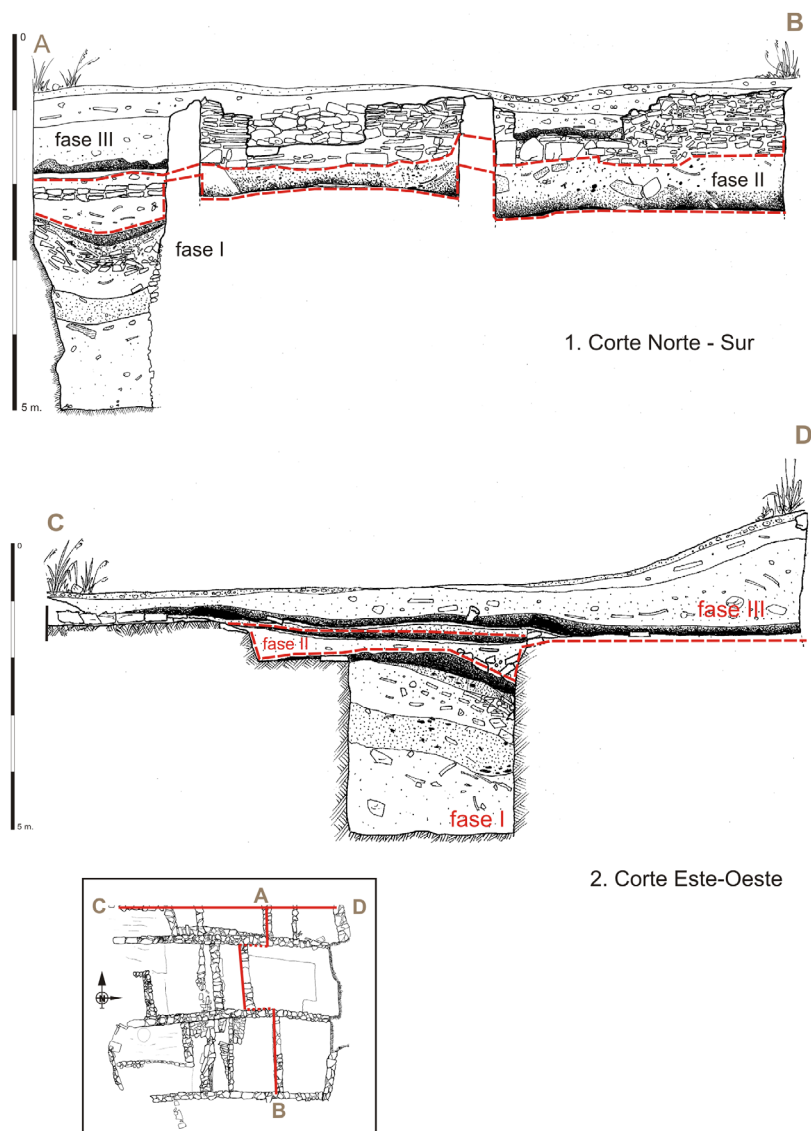


Figura 5: Secciones estratigráficas de la zona excavada.

El hecho de que al oeste haya desaparecido prácticamente todo resto o vestigio de estructuras o estratigrafía, aflorando el sustrato rocoso, nos impide por el momento poder precisar el urbanismo del poblado. En cualquier caso, tanto la orientación de estas posibles viviendas con entradas al oeste, como su situación topográfica parecen obligar a la existencia de una alineación de estructuras que conformarían junto con las excavadas un vial o calle en sentido Norte-Sur, resguardando así las entradas de las casas del viento dominante del oeste, el implacable cierzo.

2.2.1. Ámbito 1

Este ámbito parece corresponder con una estructura que se ha identificado como de ocupación, aunque únicamente se ha excavado parcialmente en sentido longitudinal (Fig. 3.1), y ha permitido un corte

estratigráfico de más de 12 m de longitud y casi 5 de potencia. Esta estratigrafía anticipó lo que se confirmaría en el resto de los espacios; una secuencia de tres ocupaciones que finalizan en todos los casos en sendos niveles de destrucción.

En los niveles más superficiales de esta vivienda se localizó un potente estrato de adobes revueltos e incendio sobre un pavimento de tierra batida de la fase III del yacimiento correspondiente a la última ocupación y destrucción tras la que se abandonó definitivamente el asentamiento. Una intensa concentración de carbones en contacto con el suelo indicaba un incendio violento y el derrumbe inmediato de la cubierta de la estancia. La alta presencia de adobes y fragmentos de enlucido parcialmente quemados está indicando que los muros se resolverían en altura mediante paramentos de adobes enlucidos por el exterior. En esta fase la vivienda se estructura en dos espacios; uno rotulado con el número 1 en la figura 4.2, correspondiente a un



1



2



3

Figura 6: Fase II. Distintos momentos de excavación del espacio de almacenaje del ámbito 2.

espacio de reducidas dimensiones, y un gran espacio que ocupa el resto del ámbito.

Bajo este pavimento, a escasamente 20 cm, aparece otro nivel de incendio que apoya sobre un pavimento de tierra y cal muy deteriorado. Pese a que la concentración de carbones está indicando un incendio violento seguido del desplome inmediato de la cubierta, al igual que en la fase III, la escasa potencia del nivel y su misma morfología nos indican que se alteró

y removió puntualmente para la habilitación del pavimento de la ocupación posterior.

Especialmente relevante es la localización, directamente sobre el suelo de esta fase II, de tres monedas que aparecieron agrupadas; un cuadrante de *Kese* y dos cuadrantes de Roma, sobre los que volveremos después para aproximarnos a la cronología de esta destrucción del asentamiento.

La intervención arqueológica se detuvo aquí en esta fase II excepto en la zona central del ámbito, donde se localizó una posible bodega excavada en la roca que llega a bajar hasta los 4 m de profundidad. Esta bodega se encuentra sellada por el pavimento de la fase II. En este momento existen dudas sobre si los rellenos que amortizan esta bodega responden a un progresivo abandono de la misma durante la fase I con anterioridad a su destrucción, dado el claro buzamiento de los niveles y que éstos aparecen sellados por una potente capa de cenizas (Fig. 5.2), o si por el contrario el relleno y amortización de esta depresión responde a la preparación del terreno tras la destrucción de la fase III para la reconstrucción del asentamiento y el comienzo de la fase II de ocupación. El hecho de que los restos materiales aportados por estos niveles inferiores posean leves diferencias con respecto a los de la fase II, junto con la matriz arcillosa de los depósitos, nos llevan a optar por la primera opción, aunque deberán ser futuras excavaciones las que deberán permitir contrastar esta hipótesis.

2.2.2. Ámbito 2

Este ámbito corresponde a lo que se ha interpretado con una vivienda con dos espacios o estancias diferenciadas, que sufrieron importantes variaciones en las fases II y III del asentamiento.

Para la fase III (Fig. 4.2) se ha detectado un derrumbe homogéneo de muros de adobe que se levantarían sobre zócalos de piedra. Bajo este nivel aparece un paquete de cenizas y carbones con una potencia entre 20 y 30 cm que, junto con un agujero de poste en el centro de la estancia, permitió reconocer el sistema de cubierta de este ámbito o vivienda. Se trataría de una cubierta a dos aguas, con un vierte aguas longitudinal en el mismo sentido de la casa. Las vigas sostendrían un sistema de rollizos de madera de entre 8 y 10 cm de diámetro dispuestos a una distancia irregular entre 30 y 50 cm, que sostendrían un entramado de ramas cubierto por una capa de 2 o 3 cm de tierra para acomodar una cubierta de lajas de arenisca de entre 0,5 y 1 cm de grosor.

En este mismo nivel de cenizas se recuperó sobre el pavimento una moneda celtibérica bastante bien conservada, con un peso de 9,55 g y perteneciente a la ceca que emitió con el letrero *Ka.L.A.Ko.R.I.Ko.S.*, la que después sería *Calagurris Iulia Nassica* y actualmente, Calahorra (Ruiz, 1968, 50; Domínguez, 1979, 112; Villaronga, 1979, 204-205).

Adosado al muro sur y junto a un muro a modo de zócalo perteneciente en realidad a un antiguo muro de la fase II conservado en esta fase III (Fig. 4), se localizó un hogar delimitado por lajas de arenisca.

Pese a que en esta fase III la vivienda poseía dos espacios diferenciados, la estancia del fondo, apoyada al este contra una pared de roca natural, apareció tapiada y sellada con lajas de arenisca (Fig. 6.1). Este cierre se produjo en un momento indeterminado durante esta última fase. Se trata de una habitación delimitada por un muro levantado *ex novo* en la fase III del yacimiento (Fig. 5.1). La excavación de esta estancia no pudo explicar de un modo satisfactorio las razones de este tapiado, aunque la carencia del nivel de incendio de esta fase III dentro de la misma nos indica con toda seguridad que en el momento de esta destrucción la estancia estaba ya amortizada y tapiada.

Al igual que en el ámbito 1, en toda esta vivienda aparece una ocupación y destrucción anterior, asimilable sin dudas a la fase II de los espacios anexos. Estructuralmente se han conservado los largos muros medianeros pero cambian totalmente los muros intermedios que definen las estancias interiores. Se documenta del mismo modo un nivel de unos 50 cm con abundantes cenizas y carbones y alta presencia de restos cerámicos, que apoya directamente sobre el pavimento de tierra batida con restos de cal.

Al fondo de la vivienda y bajo un nivel de acumulación de escombros y un potente nivel de incendio, con restos de vigas carbonizadas y abundante material cerámico, aparece un conjunto cerámico de *dolia* que se conservaban fragmentados en su situación original, dispuestos sobre un banco basal de yeso que recorre la estancia por sus lados norte, este y oeste (Figs. 7.1 y 4.1).

Esta fase II en el resto de la casa aparece muy desdibujada debido a las labores de reconstrucción de la vivienda, lo que nos ha impedido mayores precisiones en relación con su funcionalidad.

Se ha podido documentar la existencia de una fase anterior, la fase I, aunque sólo de forma puntual, por lo que poco se puede decir de su morfología o funcionalidad en esta vivienda.

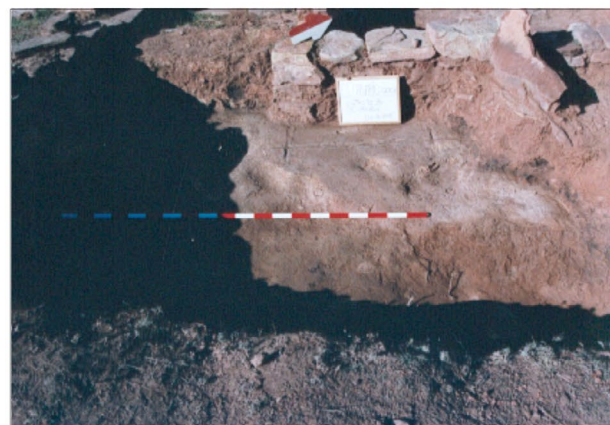
2.2.3. Ámbito 3

El ámbito o estructura 3 es sin duda una de las más interesantes a nivel estructural ya que presenta en su fase II y, sobre todo en la III (Fig. 4), una interesante distribución y articulación de espacios.

En esta fase III el ámbito se articula en un mínimo de tres habitaciones o espacios diferenciados. El espacio 1 parece ejercer la función de espacio central. Posee un suelo sumamente interesante, ya que el pavimento de cal muestra una zona con marcas incisas que forman un despiece simulando un enlosado con piezas cuadradas (Fig. 7.2). Este pavimento de la fase III, quizás un amplio hogar decorado con líneas incisas,



1



2



3

Figura 7: 1.— Fase II: Restos de *dolia* *in situ* del espacio de almacenaje del ámbito 2. 2.— Fase III: Pavimento con zona delimitada con decoración incisa en el espacio 3, un posible hogar. 3.— Fase III: Agrupación de *oinochoai* en el ámbito 3.

pasa bajo los muros que delimitan el espacio 3 que, sin embargo, presenta el mismo nivel de destrucción evidenciando que se construye durante esta misma fase. Este espacio consiste en una estancia de reducidas dimensiones en la que se localizó un pequeño silo de almacenaje. Los muros estaban solucionados mediante un zócalo de piedra y un recrecido en adobes,

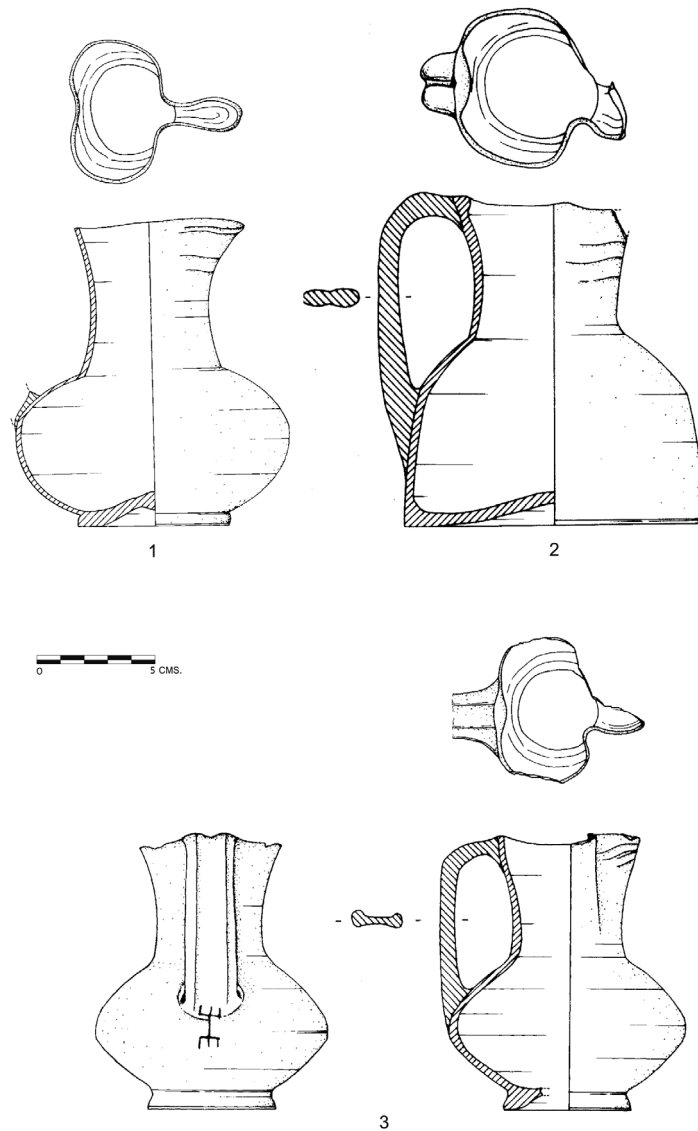


Figura 8: Fase III. *Oinochoai*.

tal y como se pudo comprobar gracias al derrumbe en un bloque de la jamba derecha del vano de acceso a de este espacio.

En el espacio 1 se localizó un hogar en la esquina noroeste, formado por un pavimento de losas de arenisca y una gran laja vertical que delimitaba la zona de combustión. En esta misma habitación se encontró un grupo de *oinochoai* (Fig. 8 y 9) que conservaban en su interior tres piezas de bronce que analizaremos más adelante.

Desde este espacio 1 se accede a otro, delimitado parcialmente por la roca retallada, que a su vez comunica con otro espacio al sur que no ha sido excavado. El umbral de la puerta sur presenta dos enterramientos infantiles a ambos lados de la entrada (Fig. 4.2). El que se sitúa en el lado este de la entrada responde a un individuo de pocos meses, mientras que el situado hacia la esquina suroeste parece responder a un neonato. Ambos enterramientos fueron cubiertos

con losas de arenisca visibles en el pavimento de cal. Los restos en los dos casos se depositaron en posición fetal, con el cuerpo orientado hacia el este y la cara mirando al interior de la vivienda. Reposaban sobre una cama de cenizas muy finas, restos quizás de un lecho vegetal.

El derrumbe de la cubierta sigue la misma secuencia que la descrita para el ámbito 2, con una cubierta de delgadas lajas de arenisca. El desplome de la cubierta no se encuentra en contacto directo con el pavimento de tierra batida de esta fase III, mediando una acumulación de tierra arcillosa sin apenas material que parece estar indicando la existencia de un período de tiempo entre la destrucción y el colapso de la estructura que permitió la formación de un nivel de deposición de unos 20 cm de potencia.

Para la fase II en este ámbito se han podido identificar dos espacios diferenciados (Fig. 4.1). El más al oeste, rotulado con el número 1, se desconoce cómo

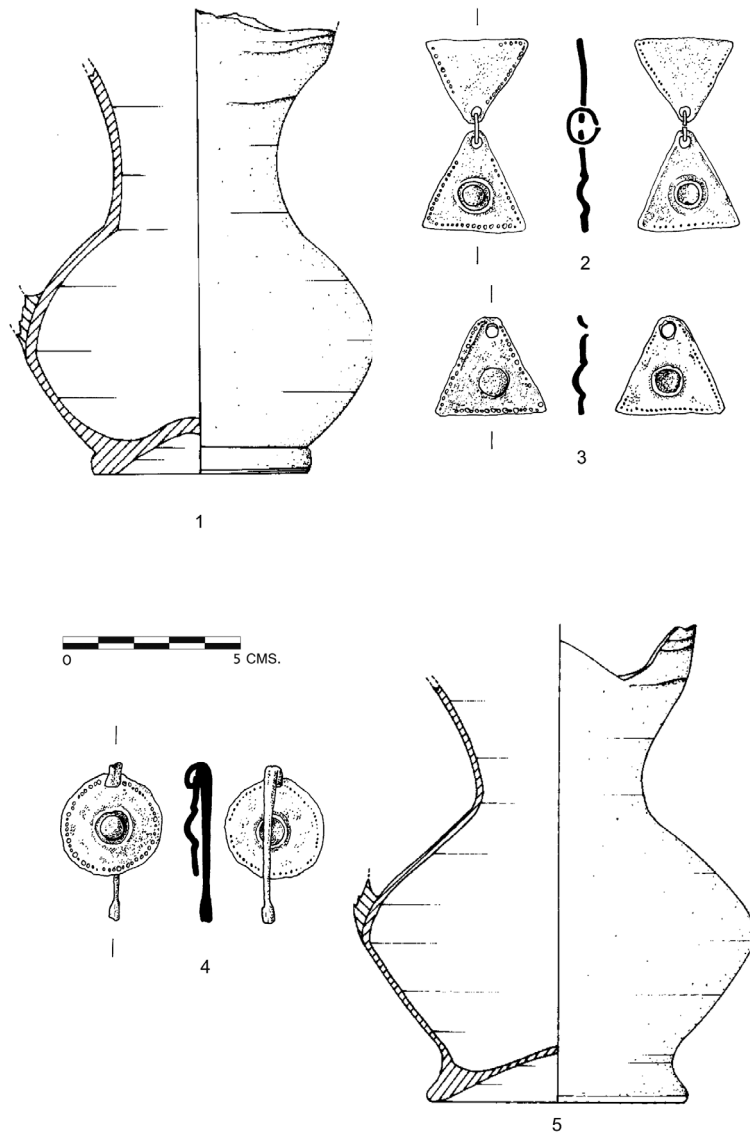


Figura 9: Fase III. *Oinochoai* y joyas localizadas en su interior.

cerraría ya que en esta zona han desaparecido las estructuras y los niveles arqueológicos, aflorando el sustrato rocoso.

En el espacio 2 se localizaron sendas partes de un molino circular que apareció dispuesto sobre un enlosado de piedra, sin duda una zona dedicada a la molienda del grano. Sobre el suelo se localizaron directamente varios rollizos carbonizados con un diámetro medio de 8 cm y una dirección norte-sur, pertenecientes al forjado de la cubierta. El pavimento en esta estancia es de tierra batida y presenta marcas de fondos de *dolia* junto a las paredes este y sur, lo que parece indicar que emplazaron los contenedores en el mismo momento de elaboración del pavimento.

Son pocos los datos recuperados correspondientes a la fase I en este ámbito, escasamente se puede afirmar la presencia del muro medianero con el ámbito 2 y un muro transversal alineado con el muro que delimita la bodega del ámbito 1 (Fig. 3.2)

2.3. CRONOLOGÍA Y CULTURA MATERIAL

Los casi 30.000 fragmentos de piezas arqueológicas recuperados a lo largo de las campañas de excavación permiten abordar con cierta solvencia el análisis de la cultura material de cada una de estas fases, que como vamos a ver, resulta muy similar. Este panorama parece poner de manifiesto tanto la relativa proximidad cronológica entre las mismas, como cierto conservadurismo en la evolución tipológica de las piezas cerámicas.

2.3.1. Los problemas cronológicos de los siglos III al I a. C.

Al abordar la cronología de las diferentes fases de ocupación, hay que comenzar subrayando los problemas sobradamente conocidos de la datación absoluta con carbono para estas cronologías. En concreto parece

que las variaciones sinusoidales de largo plazo observadas en el campo magnético terrestre provocan que las variaciones de ^{14}C atmosférico sean mayores cuando el momento geomagnético es bajo, lo que provoca grandes variaciones topográficas en las curvas de calibración que junto con los errores estándares de las muestras hacen que los márgenes cronológicos determinados por las muestras de ^{14}C sean muy amplios (Salcedo, 2011, 150-152). De hecho se documenta una enorme oscilación entre el 500 y el 50 a. C., con un punto máximo de distorsión para el 300 a. C. (Salcedo, 2011, 151, fig. 16)

Esto supone que las dataciones supuestamente absolutas basadas en los isótopos de carbono sean en la práctica inútiles para determinar momentos cronológicamente próximos entre sí, como son los que nos ocupan (Cerdeño, 1986; Castro y Miró, 1995).

A esta ineludible situación hay que sumar la práctica inexistencia de cerámica de importación en la

zona excavada. De hecho en todo el elenco de material analizado únicamente se ha podido identificar un fragmento rodado de pared de barniz negro en la fase III del ámbito 3.

Resulta cuando menos extraña esta ausencia de cerámica de importación en niveles del primer cuarto del siglo I a. C. (*vid. infra*), lo que nos está hablando de un fenómeno sumamente interesante sobre todo cuando en yacimientos celtibéricos próximos aparecen numerosos fragmentos de campaniense para estas cronologías como hemos podido comprobar en la próxima ciudad celtibérica de *Aratis* (Fatás *et alii*, 2014, 32).

2.3.2. Un golpe de suerte: las monedas

Ha sido la localización de varias monedas sobre los pavimentos de las fases II y III lo que ha hecho posible la determinación de unos *post quem* para estas

Fase II



1. Cuadrante de Kese con leyenda contorneada.



2. Cuadrantes de Roma.

2 Cms.

Fase III



3. Unidad de Kalakorikos. ACIP 1791 (Imagen de Amela, 2014, 11).



4. Unidad de Sekaisa / Sekeida con leyenda contorneada.

2 Cms.

Figura 10: Monedas localizadas en el yacimiento.

dos ocupaciones. Estos hallazgos han supuesto unas aproximaciones cronológicas relevantes, que hubiesen sido imposibles únicamente con el estudio del resto de la cultura material recuperada.

Sobre el pavimento correspondiente a la fase II del ámbito 1 se recuperaron tres monedas que aparecieron agrupadas. El hecho de aparecer juntas directamente sobre el suelo y que se encontrasen afectadas por el nivel de incendio parece indicarnos que muy probablemente procedan de una pérdida en el transcurso de esta destrucción.

De estas tres monedas hay que destacar un cuadrante de la tercera serie arcaica de acuñación de *Kese*, lo que después sería *Tarraco* (Fig. 10.1). Es una moneda que presenta en el anverso un busto masculino imberbe a derecha con orla perlada y tres glóbulos en la parte posterior, lo que indica su condición de cuadrante. El reverso presenta medio Pegaso con creciente lunar hacia arriba que enmarca una estrella de cinco puntas. Bajo el Pegaso, sin línea de exergo, aparece la leyenda ibérica, *Ke.S.E.*, presentando la *Ke*— la grafía más antigua. La pieza posee un peso de 3,82 g y un módulo de 1,5 cm.

Según Villaronga (1979, 13 y 123) esta serie pertenecería a las primeras acuñaciones ibéricas, con un sistema metrológico de origen suditálico y siciliano, introducido en su opinión en la península ibérica por los cartagineses en fechas anteriores al 214/212 a. C. Este autor no sitúa con precisión la cronología de esta emisión, concretando únicamente que es anterior al 212 a. C. (Villaronga 1998, 61-62, 66-70). De hecho el peso de esta pieza, 3,82 g, contrasta vivamente con producciones posteriores en las que desaparece el creciente lunar y los tres glóbulos indicativos de la fracción pasan a aparecer sobre el Pegaso, con entre 2,20 y 2,50 g.

Pese a que algunos autores han matizado la fecha de estas primeras emisiones, siendo partidarios de rebajar un poco la propuesta por Villaronga (Campo, 2002, 82-84, 93-94), otros autores insisten en la cronología y en el carácter excepcional de esta acuñación (Mora, 2006, 41; Ripollés y Llorens, 2002, 167-169). Campo señala que la ceca de *Kese* organiza su producción bajo pautas itálicas ya que asume los símbolos de fracción de la ceca de Roma. En este sentido la misma autora (Campo, 2002, 79), apoyada por Burillo (Burillo, 2006, 41), señalan que estos divisores de bronce responden a una necesidad de monedas de menudeo por parte de la población romana para adquirir productos de primera necesidad, lo que podría extrapolarse a ciudades indígenas con gran desarrollo de acuñaciones fraccionarias. En cualquier caso la emisión de esta moneda se extendería como mucho a los dos primeros decenios del siglo II a. C.

Las otras dos monedas aparecidas en este mismo nivel son dos cuadrantes romanos republicanos, (Fig. 10.2) que muestran sendos bustos en los anversos, uno masculino y otro femenino, ambos con orla perlada, y proa de nave con la leyenda ROMA sobre ella en

los reversos. Poseen una cronología aproximada de la segunda mitad del siglo III a. C. aunque su estado de conservación, que no es demasiado bueno, y el hecho de ser cuadrantes impide poder precisar más la cronología de estas piezas.

El cuadrante de *Kese* se ha conservado en buen estado, sugiriendo una circulación no demasiado dilatada en el tiempo. El hecho de que sea una serie excepcional que muchos autores vinculan a la presencia efectiva de ejércitos de la república en la península, absolutamente ajena a esta zona peninsular, junto a su limitada circulación y su aparición asociada a dos cuadrantes de la República hace que cobre peso la sugerente posibilidad de que perteneciesen a alguien ajeno al poblado celtibérico relacionado con su destrucción. Sobre esta posibilidad volveremos más adelante (*vid. infra*).

En cualquier caso, estas monedas nos ofrecen un *postquem* para la destrucción de esta Fase II de finales del siglo III o comienzos del siglo II a. C.

En el ámbito 2, e igualmente sobre el pavimento, apareció una moneda que ofrece otro *post quem* para la destrucción de la fase III de ocupación de este yacimiento. Se trata de una unidad perteneciente a la ceca que acuño con el letrero *Ka.L.A.Ko.R.I.Ko.S*. Esta moneda resulta sumamente interesante teniendo en cuenta el escaso volumen de numerario perteneciente a esta ceca encontrado hasta la actualidad; Ruiz Trapero señalaba que solamente se conocían en el momento de la publicación de su trabajo un total de treinta monedas (Ruiz, 1968, 47), sin que el panorama haya mejorado demasiado en este sentido.

El numisma muestra en el anverso una cabeza imberbe a derecha que luce en el cuello, rematado con forma cóncava, un torques perlado. Tras el busto aparece un delfín corto, y delante un creciente lunar con una estrella de cinco puntas sobre el mismo. Todo el campo aparece delimitado por una orla que quiere ser perlada. En el reverso aparece un jinete armado con una lanza sobre un caballo que Domínguez describe como corto de cuerpo pero de patas alargadas. Este caballo hace gala de una serie de detalles anatómicos muy precisos en la cabeza, en los cuartos delanteros y traseros, además de en otro tipo de elementos como las mismas riendas.

La leyenda aparece dispuesta en semicírculo en la zona inferior del campo. Esta leyenda ha sido clasificada con el número 4 por Ruiz Trapero (1968, 48) o como 20a por Domínguez (1979, 113). Todo el conjunto aparece delimitado por una orla de línea continua. El módulo de la moneda es de 2,45 cm y su peso, como ya hemos comentado, de 9,55 g.

Esta pieza es la que Vives recoge en su corpus como LVI, 4 (Vives, 1924-1926, vol. II), aunque presenta una serie de características formales que le hacen deslindarse de ulteriores clasificaciones o al menos obligan a ciertas matizaciones en las mismas. No podríamos incluirla *a priori* dentro del tipo A de Domínguez (Domínguez, 1979, 114), ya que a diferencia

de la clasificación de esta autora, nuestra moneda evidencia un claro torques de tipo perlado alrededor del cuello. No obstante la similitud entre la moneda que representa a este tipo A en el corpus de la autora, que aparece bajo el epígrafe 10-155 (Domínguez, 1979, 380), nos lleva a suponer que, simplemente, el deficiente estado de conservación de esta moneda, que evidencia una circulación mucho más intensa que la recuperada en el yacimiento de El Calvario, condujo a ignorar la presencia de este torques. Este mismo estado de conservación deficiente hace difícilmente clasificable la moneda en el tipo 3 de Ruiz Trapero (1968, 48-50). Igualmente la podemos reconocer en la moneda que Villaronga reproduce con el número 708 (Villaronga, 1979, 201), y que el mismo autor considera posteriormente como perteneciente a la tercera y última emisión de esta ceca (Villaronga y Herrero, 1994, 276-277, nº 1-4) al igual que la que incluye Amela (2014, 11) en su reciente trabajo (Fig. 10.3).

El período de acuñación de esta ceca poseería un margen delimitado por dos fechas como son el 90 a. C., momento de la emisión de la *Lex Plautia Papiria* con la que se desarrolla el patrón semiuncial, y el 74 a. C., fecha del primer asedio de la ciudad o el 72, año de su destrucción definitiva (Espinosa, 1984, 195). Ruiz Trapero considera de este modo que esta emisión estaría íntimamente relacionada con la actividad de Sertorio en el Noreste peninsular, fijando así su trabajo entre el 82 y el 74 a. C. (Ruiz, 1968, 53), período que viene siendo aceptado por la mayoría de los investigadores (Beltrán, 1984, 54, Villaronga, 1993b). Amela (2014, 15) ha propuesto una cronología sensiblemente diferente para esta moneda, ya que no la considera sujeta al patrón semiuncial, sino a un sistema de diez monedas por onza romana, devaluado en sus últimas series a un sistema de 7 onzas en el entorno del 100 a.C. Para este autor esta moneda pertenecería a la tercera serie dentro del segundo período de acuñación (ACIP 1791) considerándola como unidad en lugar de as (Amela, 2014, 11-12).

El buen estado de conservación de esta pieza, una simple unidad que evidencia una circulación muy limitada, permite pensar que el momento de su amortización en este nivel de destrucción no fue muy posterior a su acuñación que como hemos visto se situaría entre el c.100 y el 74 a.C., más probablemente en el segundo tramo de este período.

En esta misma fase III se localizó una unidad de *Sekaisa / Sekeida* en desigual estado de conservación (Fig. 10.4). Se trata de una unidad muy circulada, que permite reconocer parte de la leyenda bajo el exergo, que sostiene un jinete. En el anverso, un busto a la derecha muestra indicios de un perfil anguloso en los acabados, con una nariz prominente y un cabello de rizos definidos. Tras la nuca, los restos de un relieve, inexistente con seguridad al otro lado del busto, permiten deducir la presencia de un lobo, característico de la serie IIb de esta moneda (Gomis, 2001, 145, fig. 16-18).

La acuñación de esta moneda se sitúa a grandes rasgos en un momento indefinido de mediados siglo II a. C. (Gomis, 2001, 115), aunque se considera que esta serie se mantuvo en circulación durante buena parte de la segunda mitad del siglo como indica su presencia en el tesoro de Salvacañete, cuya ocultación se ha situado entre el 98 y el 94 a. C. (Villaronga, 1993a, 42).

El alto grado de desgaste de esta moneda segedense, que muestra una perforación intencionada, está indicando una circulación dilatada en el tiempo, lo que da sentido a su aparición junto a una moneda acuñada entre el 82 y el 74 a. C.

2.3.3. La cerámica

Una vez analizadas las formas cerámicas presentes en cada una de las tres fases de la vida del yacimiento resulta evidente una gran semejanza en cuanto a las formas y los porcentajes de la cerámica realizada a mano.

Esta situación es absolutamente coherente con la atonía evolutiva de las formas y tipos de la cerámica celtibérica a partir del siglo III a. C., fenómeno comentado ya por Wattenberg en su momento (Wattenberg, 1963, 44) y que recientemente otros autores han puesto de manifiesto (Burillo *et alii*, 2008, 171). Este aparente estancamiento evolutivo en las formas y técnicas parece deberse a un proceso de elaboración homogéneo y establecido desde finales del siglo IV a. C. o comienzos del III a. C. (Igea *et alii*, 2008, 54).

2.3.3.1. Fase I

La poca cerámica recuperada para esta primera fase de ocupación del asentamiento parece mantener a grandes rasgos las mismas pautas que veremos más adelante. Quizás destaca una mayor presencia de cerámica a mano, aunque este hecho es muy matizable dado lo reducido de la muestra analizada.

La presencia de cerámicas caliciformes, en ocasiones con paredes verdaderamente finas (Fig. 11.4), y pies de copas (Fig. 11.5) se volverá a repetir en las fases posteriores.

Especialmente interesante es la presencia de cerámica a mano con fondos sistemáticamente planos y acabados exteriores peinados (Fig. 11.1). Estas producciones muestran intrusiones en la pasta de desgrasantes micáceos de grandes dimensiones. La forma, acabados y cualidades de la pasta parecen indicarnos que se trata de producciones de ámbito local destinadas a su uso en cocina, perteneciendo a cronologías que no pueden llevarse más atrás del siglo IV a. C. y que reflejan tradiciones del final del Hierro I, como puede atestigüarse en el conjunto cerámica recuperado en el Castillo de Cuarte, cerca de la ciudad de Zaragoza (Royo y Burillo, 1996).

La presencia de fondos umbilicados no hace sino insistir en esta cronología relativamente baja. Estos

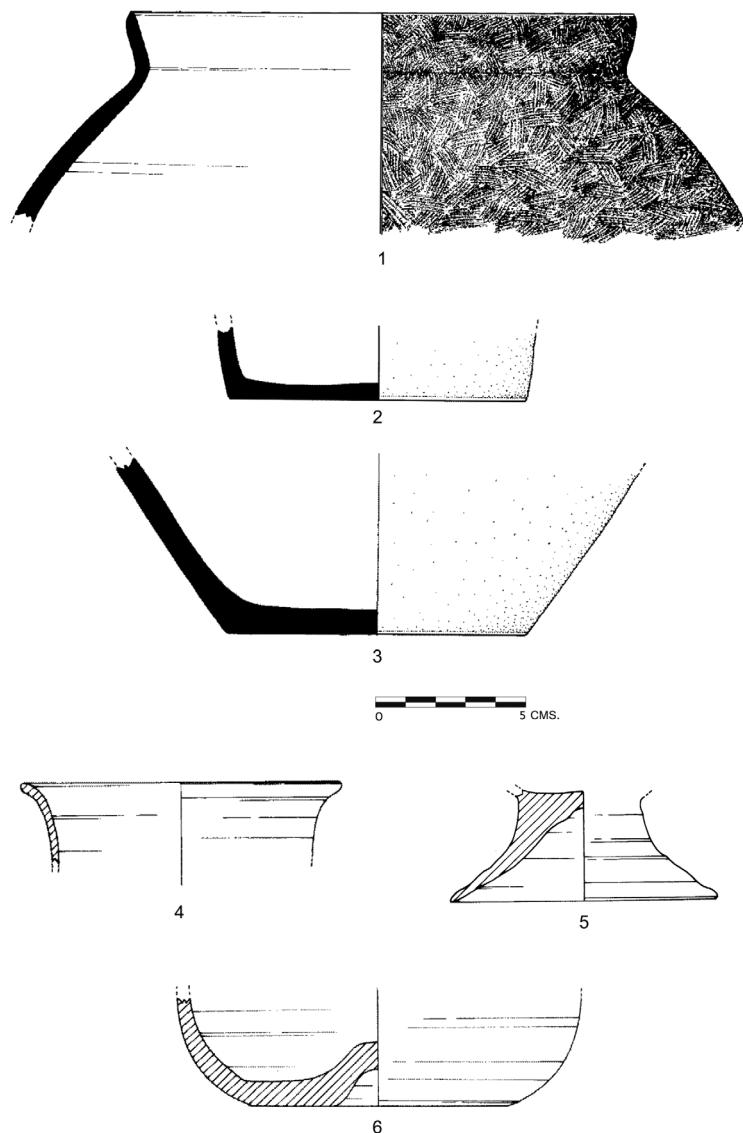


Figura 11: Fase I. 1-3: cerámica manufacturada. 4-6: Cerámica a torno.

fondos se encuentran presentes en los repertorios cerámica de Segeda fechados a finales del siglo III y comienzos del II a. C. (Burillo *et alii*, 2008, 177, figura 4.1-3), en los Castellares de Herrera de los Navarros (Burillo, 2005, 115) y en los niveles celtibéricos de Bílbilis I (Royo y Cebolla, 2005, 157-159). Todo parece indicar que en el caso de El Calvario estaríamos frente a un horizonte similar que podríamos situar en la segunda mitad del siglo III a. C.

2.3.3.2. Fase II

En este horizonte la cerámica a mano está perfectamente representada con formas globulares y fondos planos (Fig. 12), similares tanto a los de la fase I como a los de la fase posterior. El resto de características formales de estas producciones es idéntico a las de la fase anterior.

Dentro de la cerámica a torno destaca por su volumen un gran conjunto de *dolia* que aparecieron *in situ* al fondo de los ámbitos 2 (Fig. 7.1) y 3. Se trata de contenedores con borde engrosado muy habituales en el valle medio del Ebro, asimilables a la forma número 22 de Castiella (1977, 183, 362). No son piezas de especial trascendencia cronológica, ya que su fabricación se enmarca en un periodo especialmente dilatado; Junyent (1972, 124) propuso situar el comienzo de la producción en el siglo V a. C., mientras que otros autores situaban estas piezas ente el 200 y el 50 a. C. (Pellicer, 1962, 70). Actualmente se asume que aparecen con el uso del torno y perduran hasta épocas tardías (Burillo *et alii*, 2008, 176).

Los vasos caliciformes, habitualmente con dos asas (Figs. 13.2 y 13.4) están igualmente representados en el elenco cerámico de esta fase. Este tipo de piezas se consideran como vajilla de servicio de finales del siglo III y comienzos del II a. C. (Burillo *et alii*, 2008, 176),

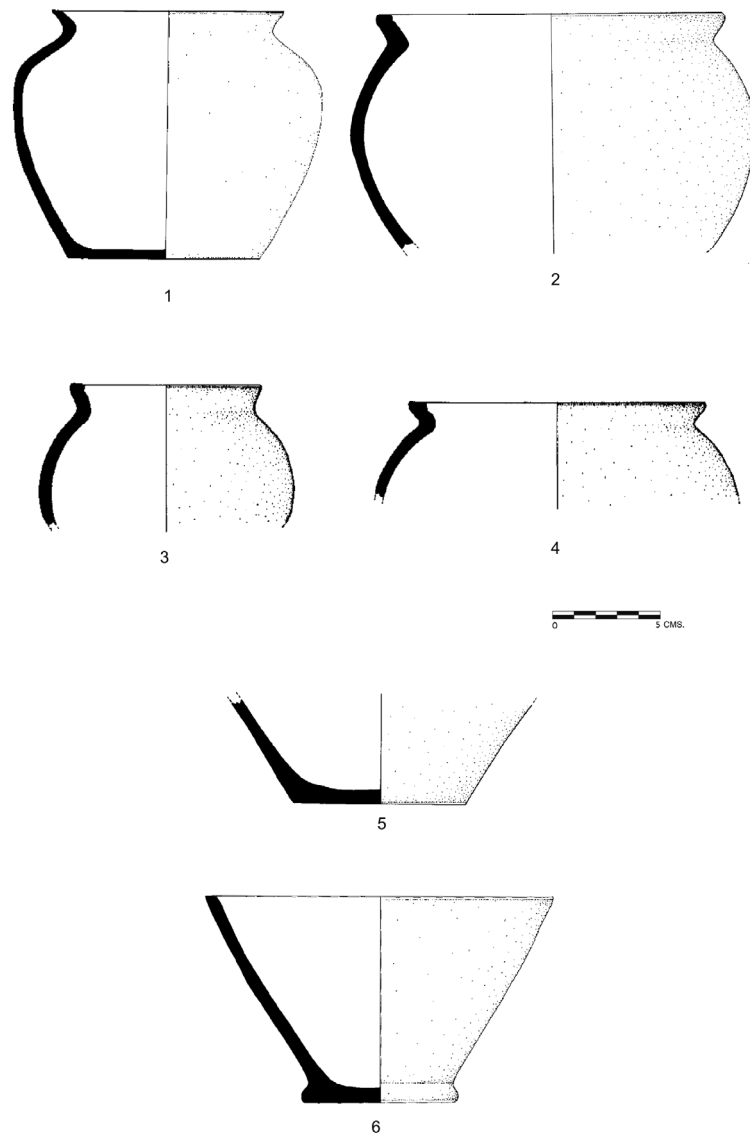


Figura 12: Fase II. Cerámica manufacturada.

al igual que los vasos crateriformes, piezas por cierto muy habituales en Segeda y que poseen una marcada presencia en este yacimiento (Figs. 13.1 y 13.3).

Los *oinochoai* (Fig. 13.5) son otro tipo de pieza de vajillas de servicio perfectamente representadas desde el siglo III al I, al igual que los cuencos o escudillas.

Especialmente interesante es la presencia de un cuenco rallador (Fig. 13.6). Se trata de cuencos con grupos de líneas y puntos impresos formando tres o cuatro rectángulos en las paredes interiores de las piezas. Se han venido considerando como piezas ausentes de los yacimientos del valle medio del Ebro y propias de contextos tardíos de la segunda mitad del siglo II o comienzos del I a. C. (Burillo *et alii*, 2008, 176). Su presencia en este yacimiento del valle del Ebro, en el nivel de incendio y destrucción de esta fase II, y su reciente aparición en el yacimiento de La Oruña en niveles de que muestran una destrucción similar del II a. C. (Cebolla, Royo y Ruiz, 2012-2013, 52, fig. 15)

obliga a ponderar el margen cronológico y espacial propuesto por Burillo, retrotrayendo su presencia a la primera mitad del siglo II a.C.

Los magros repertorios decorativos de las cerámicas redundan en bandas y filetes de color rojo vinoso intenso a marrón y en los tradicionales semicírculos colgantes (Figs. 13.7-10). Llama la atención la ausencia de programas decorativos más complejos, aunque no es un fenómeno raro, documentándose el mismo fenómeno en necrópolis de ciudades como *Lutia*, en Luzaga (Lorrio, 1197, 241).

2.3.3.3. Fase III

La cerámica de esta fase (Figs. 14 y 15) no muestra sustanciales diferencias con la de la fase anterior, destacando el conjunto de *oinochoai* que aparecieron agrupados y calcinados en el ámbito 3 (Figs. 7.3, 8 y

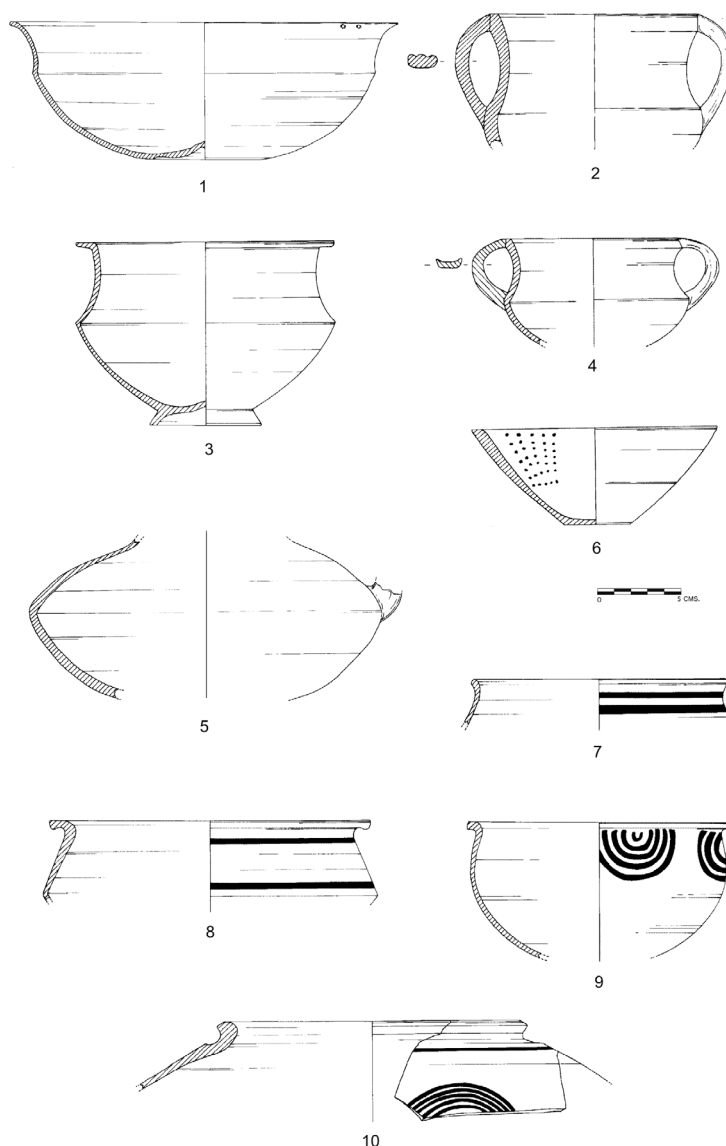


Figura 13: Fase II. Cerámica a torno.

9). La aparición de un grafito en una de estas jarras de borde trilobulado, una probable *-Ti-* con grafía ibérica reflejada sobre sí misma (Fig. 8.3), da coherencia a la cronología de este nivel propuesta por la moneda de *Ka.L.A.Ko.R.I.Ko.S.* Por otra parte se ha podido comprobar que coexisten jarras que muestran una clara carena, con otras que poseen el cuerpo más globular o incluso con paredes rectas y fondo umbilicado (Fig. 8.2). No podemos evitar llamar la atención sobre la presencia de un grafito que parece mostrar una *Ti-* doble o reflejada (*¿Ti.Ti?*), en un yacimiento perteneciente al territorio que se presume de los Titos (*Titii* según los textos de Apiano).

Aparecen igualmente vasos caliciformes, crateriformes y cuencos muy similares a los de la fase II.

Los programas decorativos resultan idénticos, apareciendo novedades como trazos verticales en paralelo en soportes vasculares de dimensiones importantes, que recuerdan a programas decorativos recuperados

en Segeda, y que coexisten con grandes piezas de almacenaje dotadas de fondos umbilicados (Fig. 15.4).

Especialmente interesantes son las ausencias de tipos concretos de material dentro de todo este elenco cerámico, como es el caso de piezas con decoración bícroma. Ni un solo fragmento cerámico de El Calvario muestra este tipo de decoración lo que puede deberse tanto al carácter más o menos local de las producciones cerámicas, como a la cronología tardía de esta decoración (Burillo *et alii*, 2008, 174), cuyo inicio se lleva a momentos posteriores a Sertorio (Wattenberg, 1963, 35).

No deja de ser sorprendente la marcada ausencia de cerámica de importación en este yacimiento, ya que la superficie y el volumen excavado tendrían que haber proporcionado un elenco más amplio de cerámicas de barniz negro o de ánforas, al igual que en yacimientos próximos, como en la ciudad de *Aratis*, a 10 km de distancia (Fatás *et alii*, 2014). De hecho, únicamente

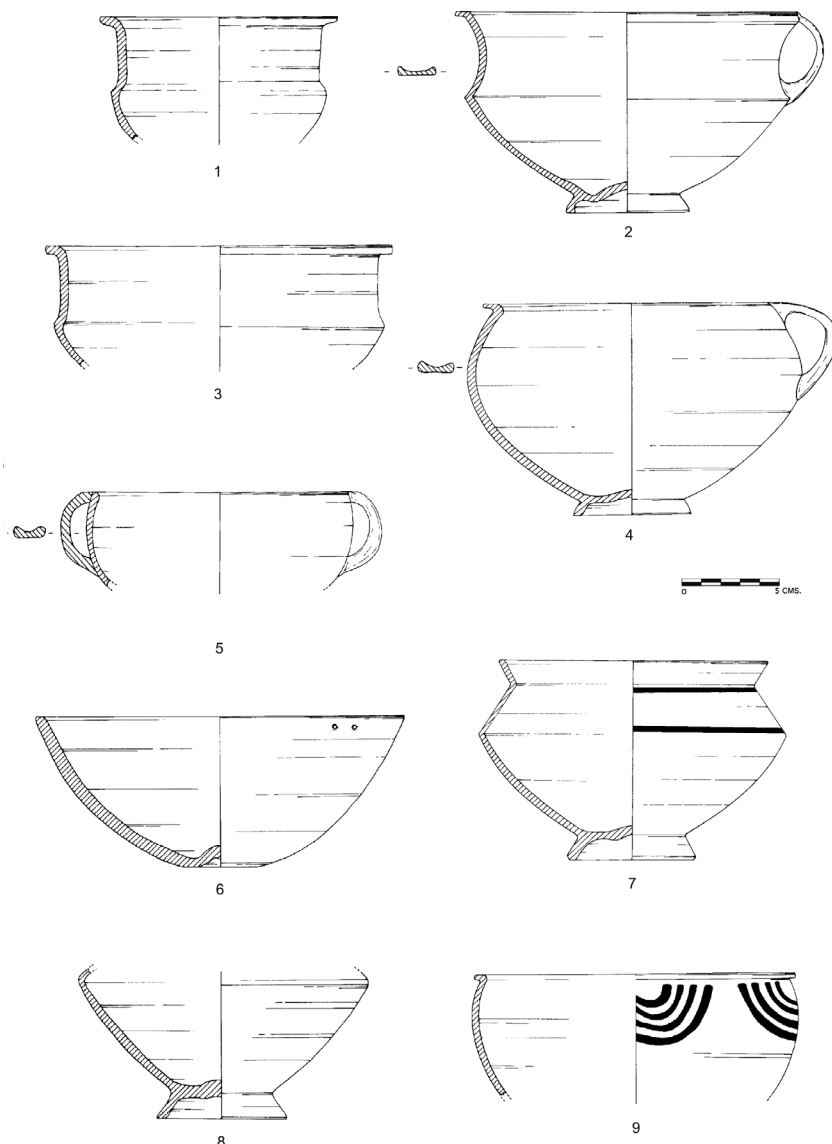


Figura 14: Fase III. Cerámica a torno.

se han recuperado un pequeño fragmento de cerámica de barniz negro calena media (Principal y Ribera, 2013, 93) que no permite su identificación tipológica, y dos fragmentos de ánfora, un asa y un pie muy desfigurado, de pasta rosácea y acabado exterior amarillento, cuyo grosor hace que quizás pueda corresponder a una Dressel 1B (Pascual y Ribera, 2013, 248). Estos tres fragmentos de cerámica importada han aparecido en la fase III, siendo perfectamente coherentes con la cronología propuesta.

Hoy por hoy no existen datos que permitan responder a esta situación aunque quizás haya que ponderar la entidad del yacimiento dentro de la ordenación jerárquica del territorio en época celtibérica, lo que podría estar en relación igualmente con la inexistencia de cerámicas con programas decorativos complejos. La presencia de más fragmentos de barniz negro en superficie lleva a valorar la posibilidad de que simplemente se ha intervenido sobre una zona del yacimiento en la

que, por razones todavía esquivas, no existía cerámica de lujo.

Por otra parte, resultan evidentes las similitudes de los tipos y porcentajes del material cerámico entre la fase II y III. El poco material recuperado perteneciente a la fase I resulta igualmente similar, por lo que parece confirmarse la atonía de la tipología cerámica indígena entre los siglos III y I a. C. Hay que concluir de este modo que la cerámica celtibérica no constituye una herramienta fiable para la adscripción cronológica de los niveles en este margen cronológico.

2.3.4. Metales

Los elementos metálicos más destacados son sin duda los recuperados en el interior de dos *oinochoai* en el ámbito 3, que aparecieron agrupados y apoyados sobre el suelo de la fase III. Consisten en una serie de

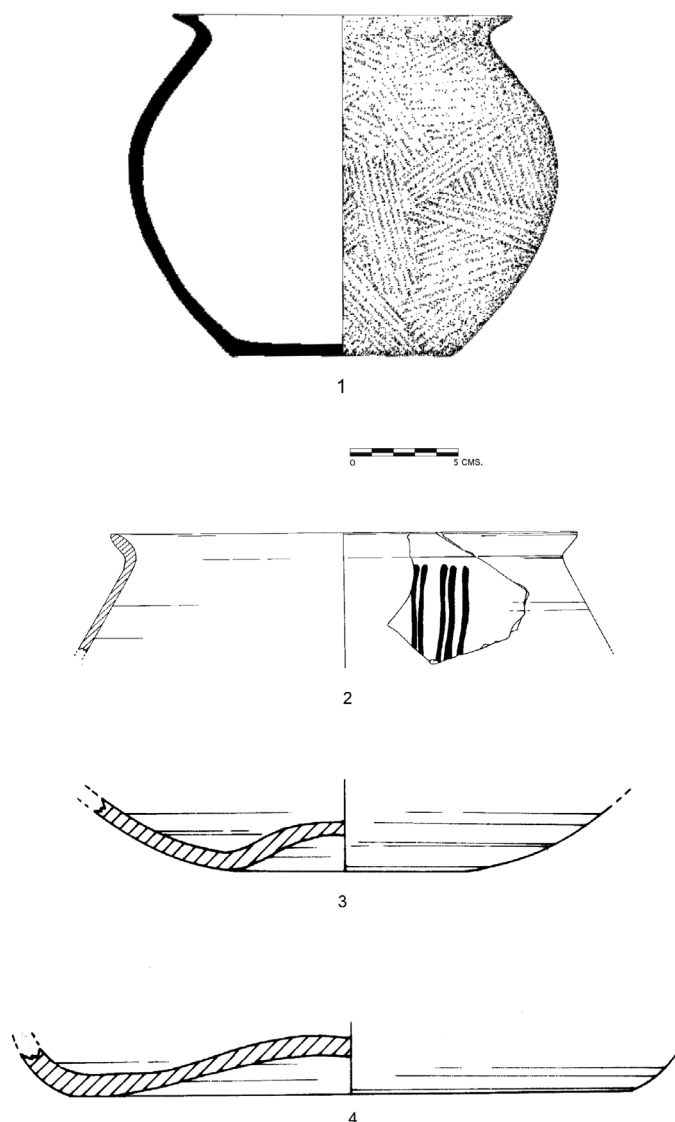


Figura 15: Fase III. 1: Cerámica manufacturada. 2: Cerámica a torno decorada. 3-4: Fondos umbilicados de cerámica a torno.

colgantes de bronce de forma triangular con decoración de líneas perladas y un círculo en relieve en el centro, junto con una pieza de forma circular con una posible aguja. Dos de estas piezas triangulares se encuentran unidas por un extremo con una anilla (Fig. 16.1).

Asociada a estas últimas piezas y dentro de otra jarra (Fig. 9.5) apareció una pieza formada por una placa circular dotada de un vástago curvo, que repite el mismo modelo decorativo (Fig. 16.3). Este elemento parece tener paralelos con elementos similares localizados en Renieblas (Luik, 2002, 338) además de en la casa 2 de Los Castellares de Herrera de los Navarros (Burillo, 2005, 116, fig. 4), aunque presenta notables diferencias. En todos los casos únicamente se conservaba la placa, desconociéndose la presencia de una aguja o sistema de suspensión. El hecho de que este vástago de bronce acabe en un engrosamiento como parece descartar su función como aguja, abriendo la

posibilidad a otros tipos de suspensión o disposición de la pieza.

La aparición de estas piezas pertenecientes sin duda a un mismo juego o conjunto de adornos personales dentro de unas jarras cerámicas parece sugerir su ocultación intencionada ante un peligro que se sustanció en la destrucción total del asentamiento y su abandono.

Podemos concluir que tenemos en este yacimiento una primera fase de ocupación caracterizada por la presencia de formas de cerámica manufacturada que presenta desgrasantes gruesos y pastas mal decantadas, fondos planos y acabados rugosos o peinados. Esto, junto a la presencia mayoritaria del torno, que se generaliza a finales del siglo IV a. C. (Lorrio, 1997, 306), hace que no podamos llevar más allá del IV estas producciones manufacturadas que consideramos de producción local y con un uso relacionado con la cocina y preparación de alimentos. La cerámica a torno



1



2



3

Figura 16: Fase III. Piezas ornamentales en bronce localizadas en el interior de dos *oinochoai* recuperados en el ámbito 3.

de esta primera fase no difiere especialmente de la de las fases posteriores, por lo que nos situamos dentro de un panorama estático en lo que a la tipología vascular se refiere, que se sitúa entre el siglo III y el I a. C. La facies cerámica y las ausencias de materiales más antiguos nos llevan a considerar el inicio de esta primera ocupación del yacimiento en un momento indeterminado del siglo IV y un final violento seguido por la reconstrucción del yacimiento.

La localización en superficie en otras zonas del yacimiento de fragmentos de cerámica a mano bruñida con perfiles bitruncocónicos abre la posibilidad de localizar en otras áreas fases anteriores de ocupación, que podrían llevarse al siglo V a.C., una ocupación

que con seguridad no se encuentra presente en el amplia área intervenida.

La segunda fase se encuentra definida por una violenta destrucción en la que las tres monedas recuperadas (*vid. supra*) parecen poder situarla entre finales del siglo III y, más probablemente, el primer cuarto del siglo II a. C.

La última destrucción del yacimiento, la de la fase III, supuso su abandono definitivo. El inicio de esta fase de ocupación parece arrancar algún tiempo después de la destrucción de la fase II, considerando seriamente la posibilidad de un abandono del yacimiento durante alguna década. Este hecho vendría indicado tanto por la potencia de los niveles de derrumbe entre

la fase II y III, que llegan en algún punto a superar el metro de potencia (Fig. 5.1) como por el mismo hecho de que los muros transversales se construyen *ex novo*, quedando colgados sobre el pavimento de la fase II. Por otra parte, tanto las características de la última destrucción, especialmente violenta dado el alto nivel de calcinación de los fragmentos cerámicos recuperados, como la cronología ofrecida por las dos monedas, especialmente la de *Kalakorikos*, y la tipología de la cerámica, parecen indicar una cronología para la misma de mediados de la primera mitad del siglo I a. C.

3. UNA VIDA TURBULENTO: LAS SUCEсивAS DESTRUCCIONES Y RECONSTRUCCIONES DEL YACIMIENTO

Queda constatada de este modo una época de violencia entre los siglos III y I a. C. en este yacimiento del valle medio del Ebro. Tres destrucciones en menos de doscientos años no hacen sino corroborar los datos que conocemos para las fuentes y que podemos situar en el entorno más o menos próximo de este yacimiento zaragozano.

No es la intención de este trabajo acometer el análisis histórico de los siglos II y I a.C. en esta zona peninsular, por lo que únicamente vamos a realizar un repaso descriptivo de los principales acontecimientos relatados en las fuentes clásicas, relacionados con el proceso expansionista de Roma y analizados con detalle por la historiografía reciente (Barrandon, 2011; Cadiou, 2008; Curchin, 1996; Knapp, 1977; Pina, 2006, 2014; Le Roux, 1995; Richardson, 1986; Roldán, 1989; Roldán y Wulff, 2001, entre otros) con el fin de intentar aproximarnos a una contextualización de las destrucciones identificadas en el yacimiento de El Calvario de Gotor.

En efecto, tras la segunda guerra púnica Roma controlaba *de facto* toda la fachada mediterránea, penetrando por el valle medio del Ebro quizás hasta el río Huerva. Posiblemente la división administrativa en dos *provinciae*, *Hispania Citerior* e *Hispania Ulterior*, y la presión efectiva de la República sobre los recursos motivó un levantamiento de pueblos ibéricos alarmando de tal modo a Roma que envió al cónsul Marco Porcio Catón el 195 a. C. con el objetivo declarado de reprimir la revuelta (Liv., XXXIV, 20; App., *Hisp.*, 41; Cass. Dio., XVIII, 60; Flor., I 33, 9) y la misión, no menos importante, de conocer de primera mano el interior de la Península, sus recursos y sus peligros, que en su mayor parte eran desconocidos por la República en ese momento (García, 2006, 82-86).

Tras desembarcar en *Emporion*, Catón se dirigió hacia el Sur por el litoral, derrotando según las fuentes a los pueblos que se opusieron. Marchó a lo largo de la costa levantina hasta el Guadalquivir, volviendo por el interior de la Península y penetrando dentro de la Celtiberia (Knapp, 1977, 1980). Llegó al Ebro posiblemente desde Numancia (Pina, 2006, 73), siguiendo

el curso del río para llegar al Mediterráneo y volver a Roma.

A su regreso Catón no había dejado la zona pacificada, ni mucho menos. Los quince años siguientes reprodujeron continuos conflictos aislados con los indígenas en zonas no muy alejadas de la comarca del Río Aranda. Por las fuentes conocemos la batalla del pretor Lucio Manlio Acidino el 188 a.C. (Liv., XXIX, 21, 28) que parece que se desarrolló en las proximidades de Calahorra (Antoñanzas e Iguácel, 2007, 98), así como las victorias del procónsul Aulo Terencio Varron tomando la capital de los suessetanos, *Corbio*, el 184 a. C. (Liv., XXXIX 42) o frente a los ausetanos el 183 (Liv., XXXIX, 56, 1).

Entre 182 y 181 Fulvio Flaco derrotó un ejército de 35.000 celtíberos liderado por los lusones (Liv., XL, 33), cantidad quizás exagerada pero que parece indicar una coalición entre celtíberos (Pérez, 2014, 165), quienes le habían tendido una emboscada en el *Salvus Manlianus*, un desfiladero que algunos autores localizan en el valle del Jalón (Montenegro *et alii*, 1986, 56). José Antonio Villar para la traducción de la obra de Livio, *Ab Urbe Condita*, llega a precisar que se trata del puerto de Morata (Villar, 1986, 400, nota 377) comenzando de este modo lo que se ha denominado como la primera guerra celtibérica (García, 2006, 86; Martínez, 2014).

A Flaco le sucedió Tiberio Sempronio Graco entre el 179 y el 178. Sabemos por Livio que Graco desembarcó en Tarragona (*Kese*), dos días antes de la llegada de Flaco, quien le pasó el relevo del gobierno de la provincia. Posiblemente en ese momento los dos pretores que habían recibido *Hispania*, Lucio Postumio Albino y Tiberio Sempronio Graco, planificaron una estrategia común (Gracia, 2006, 88); avanzarían juntos hacia el sur y allí Postumio iría hacia Lusitania para hostigar después a los vacceos, mientras que Sempronio marcharía desde el sur hacia la Celtiberia, pudiendo ambos converger en un punto si fuese necesario (Liv., XL, 47, 1-2).

El relato de Livio es prolijo en detalles respecto a Graco, aunque algo errático. Especialmente interesante es el comentario de que, tras sitiar sin éxito *Alce*, que se viene situando en Campo de Criptana, Ciudad Real, avanzó hacia la Celtiberia y «*como se llevaba todo por delante (...) en cosa de tres días recibió la sumisión de ciento tres plazas*» (Liv., XL, 49,1). Tras volver sobre sus pasos y tomar definitivamente *Alce*, Tiberio aceptó la rendición de *Ercavica*, en Cañaveruelas, Cuenca, lo que no evitó que tuviese que librar un intenso y definitivo combate que se prolongó durante dos días en las proximidades del *Mons Chaunus*, identificado como el Moncayo (Pina, 2006, 75). Tras su victoria Graco estableció una serie de pactos con los celtíberos que redundaban en la obtención de recursos y tropas y en la prohibición de fortificar las ciudades, procediendo a la primera fundación directa de una ciudad en el Valle del Ebro por parte de la República: *Gracchurris* (Liv., *Per.* 41), junto con el establecimiento de guarniciones

y *castella* para consolidar las fronteras (Montenegro *et alii*, 1986, 59).

Este acuerdo fue asumido por los celtiberos durante más de veinte años en lo que se ha denominado como la paz gracana (García, 2006, 90-91), paz que se vería sacudida por pequeñas convulsiones; la *ovatio* oficial recibida por Claudio Centón el año 170 responde al aplastamiento de una pequeña rebelión en la Celtiberia de la que no tenemos más datos (Flor., I 33,13).

El año 154 comienza el célebre episodio segedense que precipita la denominada segunda guerra celtibérica y en cuyos detalles no entraremos (Burillo, 2006), aunque el abandono de la ciudad por parte de los habitantes, que corrieron a refugiarse en Numancia ante la llegada del cónsul Quinto Fulvio Nobilior con un importante ejército, resulta relevante en relación con el tema que nos ocupa.

Aplicando el concepto de probabilidad militar inherente que postula la aplicación de los principios generales de la ciencia militar a problemas sobre los que faltan datos, desarrollado por A. H. Bume (Keegan, 1978, 32; Quesada, 2006, 151), tanto los habitantes de Segeda como el ejército consular accederían desde Segeda a Numancia por la vía presidida por la ciudad de *Bilbilis*, un pasillo de acceso a la meseta Soriana delimitado al norte por la imponente Sierra de la Virgen. Este itinerario es igualmente el defendido por Burillo (2006b, 203, fig. 1) y supone dejar al flanco derecho nuestro yacimiento, al otro lado de la sierra.

Tras la derrota del cónsul el 23 de agosto, día de Vulcano, y tras el fracaso del asedio al que sometió a Numancia, numerosas ciudades celtibéricas se sumaron a la rebelión. Roma envió a Marco Claudio Marcelo el 152, quien sometió rápidamente el valle del Jalón y logró restaurar los acuerdos de Graco tras el pago de una importante indemnización.

El 143, belos, titos, lusones y arévacos se levantan nuevamente contra Roma, que envía al cónsul Quinto Cecilio Metelo con un ejército de 30.000 hombres para someter nuevamente la Celtiberia. El primer año de su mandato se centró en tomar el valle del Jalón, pasando rápidamente a extender el teatro de operaciones a la meseta, dejando esta zona aragonesa sometida y asegurada.

Si bien no contamos con datos suficientes para poder reducir con toda seguridad a alguno de estos acontecimientos la destrucción de la primera fase de nuestro yacimiento zaragozano, el hallazgo de las tres monedas perdidas en el transcurso de la destrucción de la fase II (*vid. supra*) nos permite un importante grado de aproximación pese a la relatividad, en ocasiones, de las dataciones numismáticas.

La agrupación de tres divisores sobre el suelo parece indicar su pérdida en el mismo momento de la destrucción del yacimiento. El hecho de tratarse de un cuadrante de las primeras series de *Kese*, relacionadas con la presencia de Roma en la Península, junto con dos cuadrantes de Roma parece señalar a una persona ajena al poblado y al territorio como su poseedor. La

cronología de las monedas y el buen estado de conservación del cuadrante indígena permite considerar que no se puede llevar el umbral de su amortización en esta destrucción mucho más allá de los años centrales de la primera mitad del siglo II a. C. Teniendo en cuenta esta cronología, los detalles del hallazgo y aplicando la ya comentada probabilidad militar inherente en relación a los teatros de operaciones de los conflictos, es posible que la destrucción de la fase II del yacimiento arqueológico de El Calvario pudiera producirse en el contexto de la primera guerra celtibérica, entre el 182 y el 178 a. C.

La estratigrafía del yacimiento nos muestra una potencia considerable entre el pavimento de esta segunda fase y el correspondiente a la reocupación del asentamiento. Este metro de potencia entre ambos suelos en algunos espacios (Fig. 5.1), y que por otra parte no se observa entre la fase I y la II, nos está indicando que la reconstrucción de las estructuras no fue inmediata; pasó un periodo de tiempo que resulta difícil de precisar.

El momento de la destrucción de esta tercera fase nos la va a proporcionar de nuevo una moneda, el as de *Ka.L.A.Ko.R.I.Ko.S* ya comentado que consideramos con una fecha de acuñación entre el 82 y el 74 a. C. Este margen cronológico dejaría fuera de la ecuación dos importantes revueltas celtibéricas; una el 97 a. C., reprimida por Tito Didio, y otra pocos años después, el 93, que acabó con la toma de la ciudad de *Belgida* por parte del Cónsul Cayo Valerio Flaco.

La posibilidad de que esta destrucción corresponda al conflicto sertoriano es alta. El grado de destrucción del poblado y el abandono total del asentamiento están indicando la participación de un agente con un potencial militar definitivo. Se repiten patrones de destrucción y abandono con cronología sertoriana que encontramos en territorios próximos (Fig. 1), como es el caso de *Kontrebia Belaïska*, en Botorrita (García, 1991, 160-161), la Caridad de Caminreal (Beltrán *et alii*, 2000, 54), la Cabañeta en el Burgo de Ebro (Ferreruela y Mínguez, 2006, 331), la Corona en Fuentes (Ferreruela y Simón, 1994), posiblemente el Cabezo de Alcalá de Azaila (Beltrán, 2013, 481-490), o, ya en las inmediaciones del yacimiento que nos ocupa, Segeda II (Asensio, 2001; Franganillo, 2015, 385) y el impresionante yacimiento de más de 40 Ha de Valdeherrera, ciudad para la que sus excavadores proponen su destrucción el año 74 a. C. por parte del general Metelo (Martín Bueno *et alii*, 2009, 421; Sáenz y Martín Bueno, 2015, 129).

Por otra parte, la posibilidad de que esta destrucción esté en relación con las guerras civiles de mediados del siglo I a. C. se diluye tanto por la misma facies material como por el hecho de que el conflicto entre César y Pompeyo se sustanció en una guerra convencional de grandes movimientos y combates en campo abierto. La guerra de Sertorio fue diferente; su política de acuerdos y apoyos con los *oppida* y pueblos indígenas supuso una guerra de desgaste en la que no

se podían dejar enemigos a la espalda (Romeo, 2006, 49) y donde se fueron arrasando la práctica totalidad de centros urbanos en este valle medio del Ebro, tal y como se desprende del registro arqueológico y de la misma carta de Pompeyo al senado, que comentábamos al iniciar este trabajo (*vid. supra*).

En este contexto, sabemos que Sertorio traslada el teatro de operaciones al valle del Ebro hacia el 77 a. C., contando con las simpatías y colaboración de numerosas ciudades indígenas (Plut., *Sert.* 16). Las ciudades que no abrazaron la causa sertoriana fueron sometidas durante el 76 a. C. por Perpenna (Liv., *Per.* 91; García, 1991, 190) con el fin de crear una barrera entre los ejércitos de Metelo, en el sur peninsular, y los recién llegados de Pompeyo ese mismo año (Spann, 1976, 91).

El 74 a. C. Pompeyo recibe el apoyo de dos nuevas legiones con todos sus pertrechos y dinero suficiente (Sall., *Hist.* II, 98) para comenzar una acción combinada con el fin de acabar con la influencia de Sertorio en la Celtiberia Citerior (Fatás, 1974, 206). De hecho, el epitomista de Livio en sus *Periochae* 91 comenta los preparativos bélicos desarrollados a instigación de Sertorio en esta zona durante el invierno del 77 al 76 a. C., tal y como subraya Espinosa (1984, 191). Así mientras Pompeyo abandona su cuartel de invierno en *Pompaelo* (App., I, 13, 112) y ataca *Pallantia* a comienzos del 74 (Schulten, 1949, 163-164), el general Metelo emprende una serie de acciones punitivas por el valle del Ebro (Romeo, 2006, 48-49) y el del Jalón que arrojarían como balance la toma de la *Bilbilis* celtibérica, además de la destrucción de gran número de pequeñas localidades de la zona, como señalan algunos autores clásicos (Strb., III, 4, 13; App., *Hisp.* I, 112.), y como parece evidenciar la ocultación de un tesorillo en Maluenda, localidad próxima a Calatayud (Villaronga, 1964-65, 165-179).

Esto nos lleva a tener en consideración la seria posibilidad de que, siguiendo a Estrabón y a Apiano, nos encontremos en el yacimiento celtibérico de El Calvario de Gotor ante una destrucción sertoriana que podría haberse producido a mediados del 74 a. C. por parte del ejército del general Metelo quien tras asegurar el Jalón avanzaría hacia la meseta, bien por la vía del Río Aranda, bien más probablemente por la del Río Ribota desde *Bilbilis* al sur, más segura. En este caso el cauto y experimentado general romano hubiese tomado buena nota de proteger sus flancos para no seguir los pasos de Nobilior, protagonista de un desastre cuya memoria estuvo muy presente en todas las campañas de Roma en esta zona.

4. ABRIENDO CAMPO: LA COMARCA DEL ARANDA COMO CENTRO DE PRODUCCIÓN METALÚRGICA

Si algo llama poderosamente la atención a la hora de visitar el yacimiento de El Calvario es la masiva

presencia de escorias de fundición relacionadas con la transformación y el trabajo del mineral de hierro. Su aparición en superficie es constante, con una notable concentración en la ladera este de la elevación, extramuros. En todos los niveles excavados aparecen residuos relacionados con la metalurgia del hierro, lo que nos lleva a considerar que este yacimiento estuvo vinculado con este importante recurso, tal y como se documenta en otros yacimientos celtibéricos (Lorrio, 1997, 304; Martínez y Arenas, 1997, 203).

Uno de los lugares comunes en la historiografía antigua y moderna sobre la Península Ibérica es su riqueza minera y metalúrgica (Domergue, 1990). Las fuentes clásicas aluden con profusión a este potencial, resaltando frecuentemente el prestigio de los aceros celtibéricos, tanto por su calidad como por la profesionalidad de los especialistas. Realizando un rápido repaso por los autores clásicos a este respecto, vemos que Diodoro (Diod. Sic., 5, 33, 3-4) comenta la existencia de armas de doble filo realizadas con un hierro excelente. En la misma línea tenemos el famoso fragmento de Filón (Ph., *Mec.*, IV-V) quien precisa cómo probaban los celtíberos sus armas, doblándolas por encima de la cabeza hasta tocar ambos hombros al mismo tiempo, recuperando después su forma original. Polibio insiste en las espadas celtibéricas, resaltando la posibilidad de la estocada con las mismas (Polyb., III, 14), siendo adoptada por el ejército romano a partir de la segunda guerra púnica en opinión de Livio (Liv., XXXI, 34, 4) y Floro (Flor., I, 23, 9).

Centrándonos en el valle del río Aranda, al sur del Moncayo y en pleno sistema ibérico, las mineralizaciones metálicas son realmente abundantes (Lorrio *et alii*, 1999, 164; Polo, 1997, 198), especialmente las de hierro y cobre, habiendo sido objeto de una intensa explotación a lo largo de toda la historia y que han sido estudiadas para otras áreas al norte Moncayo (Aguilera, 1995, 223 ss.; Mata, 1989; Carmona *et alii*, 1989).

Las mineralizaciones de hierro en esta zona son de tipo estratiforme y se sitúan sobre afloramientos paleozoicos pertenecientes al Cámbrico superior (Mata, 1989, 167). Se presentan fundamentalmente en forma de oligisto y goethita, junto a otras con carácter más minoritario. Las podemos encontrar en el término municipal de Aranda de Moncayo en las partidas de Valdenaza, El Perdigal, el camino viejo a Oseja y la Mina de la Sierra, y en el de Illueca en La Lacena. Algunas de estas minas se han seguido explotando hasta principios de este mismo siglo, como El Perdigal y la Mina de la Sierra, y otras, dado su elevada relación estéril/mineral, no han merecido mayor atención en tiempos recientes. No obstante, estos yacimientos metálicos conservan restos que delatan su explotación antigua (Martin-Vivaldi y Aragonés, 1989, 83). Varios documentos remiten igualmente a la explotación de las minas a mediados del siglo XV, fecha en la que varios autores señalan el predominio en la zona de las actividades metalúrgicas dada la abundancia y proximidad de la materia prima (García, 1993, 180).

De carácter filoniano, las mineralizaciones de cobre se hallan encajadas entre los materiales del Cámbrico, tratándose fundamentalmente de carbonatos de cobre como malaquita y azurita, que aparecen siempre asociados. Las encontramos nuevamente en el término municipal de Aranda de Moncayo, en Valdenaza, Collado Ancho y la Dehesa Baja, donde aparecen las afloraciones más importantes de este tramo del Sistema Ibérico y de las inmediaciones del Moncayo (Mata-Perello, 1989, 169). Tenemos igualmente constancia de su explotación a mediados del siglo XIX, siendo muy probable su explotación con anterioridad, al igual que en el caso de las minas en Jarque.

Arco, en su interesante trabajo sobre Sertorio, enumera varias localidades del Sistema Ibérico en las que los cronistas medievales señalan la existencia de minas de plata (Arco, 1950, 51). Entre estas aparece Aranda de Moncayo, sin que se haya podido constatar hasta el momento ningún dato más concreto. Por otro lado, la abundante presencia de plomo en yacimientos como la ciudad celtibérica de *Aratis* en Aranda de Moncayo nos lleva a pensar que este metal o bien aparece nativo en esta zona o se importó de áreas próximas donde sí se conocen mineralizaciones de este tipo, como Calceña (Martin-Vivaldi y Aragonés, 1989, 84; Carmona *et alii*, 1989, 187 ss.).

El análisis del poblamiento de este valle permite reconocer una estructura organizada en relación a la obtención y el trabajo de los recursos metálicos. La ciudad celtibérica de *Aratis* (Fatás *et alii*, 2014) capitalizaría y organizaría una serie de poblados dotados de sencillos sistemas defensivos y de tamaño medio, entre 0,5 y 2 Ha, entre los que se encontraría El Calvario de Gotor. Tanto en *Aratis* como en estos yacimientos se localizan evidencias de la presencia de hornos de fundición de mineral de hierro concretadas en la presencia masiva de escorias. Finalmente en un tercer y último estadio se encontrarían pequeños asentamientos y establecimientos con una superficie inferior a 0,5 Ha, ubicados casi siempre en el llano y con una vocación eminentemente minero-metalúrgica. Estos yacimientos aparecen situados en las proximidades de los afloramientos del mineral, que probablemente se extraería a cielo abierto (Lorrio *et alii*, 1999, 169) y en relación a recursos hídricos, como fuentes o barrancos. En estos pequeños establecimientos se realizaría el primer tratamiento del mineral, consistente en la trituración y tueste, como evidencian los restos de refractario aparecidos. La ausencia en estas estaciones de restos de ocupación importantes parece indicar que se trata de establecimientos dedicados exclusivamente a la explotación minera.

Los yacimientos de mayor extensión, como el que nos ocupa, parecen responder a un segundo momento en la explotación del mineral, que recibirían, acumularían, tratarían y distribuirían el producto metalúrgico proveniente de los asentamientos anteriores.

Por último la ciudad de *Aratis* manufacturaría, distribuiría y canalizaría toda la producción de esta

comarca dedicada a la explotación minerometalúrgica, no sólo de hierro, sino también de cobre y plomo, sobrepasando con creces las necesidades locales. Evidentemente, toda estructura de producción está basada en el reconocimiento superficial de los yacimientos y debe confirmarse definitivamente mediante la realización de actuaciones de campo y analíticas específicas (Lorrio *et alii*, 1999, 180).

5. CONCLUSIONES

Los resultados de las campañas de excavación y el estudio y análisis de los restos recuperados, junto con la lectura realizada de las fuentes nos permiten llegar a una serie de hipótesis que ya han sido desgranadas a lo largo del discurso del presente trabajo.

En primer lugar, el yacimiento de El Calvario corresponde a un asentamiento celtibérico de tamaño medio cuyo origen parece situarse en un momento indeterminado del siglo IV a. C. Puede que su aparición responda a un fenómeno similar al identificado en la turolense Sierra Menera, donde se ha podido comprobar que el incremento de la actividad metalúrgica supuso la aparición de nuevos asentamientos el siglo III a. C. (Polo y Villagordo, 2004, 168), fenómeno quizás algo anterior en el caso del valle del Río Aranda.

El espacio excavado nos aproxima a un modelo de viviendas rectangulares abiertas al oeste a lo que tuvo que ser una calle definida por otra alineación de viviendas. Las viviendas, alargadas, poseen unas dimensiones medias de 13 m de longitud por cuatro de anchura, con una superficie de un mínimo de 52 metros cuadrados. Asociadas a las entradas se localizan pequeñas estancias de función desconocida, quizás para la estabulación de contadas y seleccionadas piezas de ganado, como parecen indicar los restos orgánicos recuperados en su excavación. Al fondo aparecen espacios para el almacenamiento, concretados en este yacimiento en bancos basales perimetrales que sostienen *dolia* de importantes dimensiones. Las viviendas parecen girar de este modo en torno a una concepción tripartita del espacio, de un modo similar al analizado, por ejemplo, en el yacimiento del Ceremeño (Cerdeño *et alii*, 1995, 173).

La aproximación a la cronología de las distintas destrucciones ha venido de la mano de la recuperación estratégica de varias monedas, ya que la tremenda similitud de las facies cerámicas presentes en las distintas fases del yacimiento hace que el estudio de la cerámica celtibérica sea incapaz de precisar la cronología para el período entre finales del siglo IV y el I a. C. La poca fiabilidad de medios de datación como el tradicional ¹⁴C para estos momentos, junto a la presencia realmente anecdótica de cerámicas de importación no permite mayores precisiones cronológicas.

Barajamos de este modo la hipótesis de que la primera de las destrucciones del yacimiento celtibérico

de El Calvario se produciría en un momento indeterminado del siglo III, quizás a mediados del siglo debido a la presencia de fondos umbilicados, aunque el poco volumen excavado de esta fase de ocupación no nos permite precisar más.

La destrucción de la posterior fase II se produciría en un momento indeterminado del primer cuarto del siglo II a.C. y que quizás pueda relacionarse con la primera guerra celtibérica, entre el 182 y el 178 a. C. debido a la composición del hallazgo numismático. En otros yacimientos del entorno del Moncayo, como La Oruña, comienzan a aparecer destrucciones propuestas para el mismo margen cronológico con una facies material idéntica y con una marcada ausencia de cerámica de importación (Cebolla, Royo y Ruiz, 2012-2013, 62; Aguilera, 1995, 228).

Tras un período de abandono, se reconstruye el poblado que vuelve a ser nuevamente destruido y abandonado en el contexto de las guerras sertorianas, proponiendo la fecha del 74 a. C. y la autoría del ejército de Metelo a la luz de los movimientos de tropas constatados en las fuentes clásicas y gracias a la presencia de próximos yacimientos con destrucciones reducidas a esta autoría (Sáenz y Martín Bueno, 2015, 129). El asentamiento nunca vuelve a ser habitado, surgiendo en sus inmediaciones una ocupación de cronología altoimperial que prolongará su vida hasta mediados del siglo IV d.C.

Tres destrucciones en menos de doscientos años nos hablan de un final convulso y violento del mundo celtibérico. Un mundo, en el caso de El Calvario y para el Valle del Río Aranda, centrado en la metalurgia, un recurso estratégico que sin duda hizo que Roma fijase desde bien pronto su atención en este pequeño valle zaragozano.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Blanca Latorre Vila, Geóloga de la Dirección General de Cultura y Patrimonio del Gobierno de Aragón, su colaboración para la descripción geológica del entorno sobre el que se asienta este yacimiento. Del mismo modo, agradezco especialmente a Francisco José Navarro Cabeza los datos proporcionados sobre los recursos metalúrgicos de la comarca del Aranda, basados en un estudio con el título de *Aproximación a un modelo de explotación minerometalúrgico celtibérico: la comarca del Río Aranda*, que realizamos conjuntamente y que todavía permanece inédito.

Francisco Romeo Marugán
Dirección General de Cultura y Patrimonio
Dpto. de Educación, Cultura y Deporte
Gobierno de Aragón
Avenida de Ranillas, 5 D 2ª planta
50018 Zaragoza
fromeo@aragon.es.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAROD, C., 1991: *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*, Zaragoza.
- AGUILERA, I., 1995: «El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo», en F. Burillo (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre celtiberos* (Daro-ca-1994), 213-238, Zaragoza.
- ASENSIO, J.A., 2001: «Notas acerca de la arquitectura y el urbanismo de la ciudad celtibérica y romana de Sekai-sa/Segeda (Durón de Belmonte de Gracián, Zaragoza)», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVII, 81-98.
- AMELA, L., 2014: «La ceca de Kalakorikos (Hesperia: Mon 53¹)», *Revista numismática Hecate*, 1, 10-19, <www.revista-hecate.org>, (Consulta: 25-11-2015).
- ANTOÑANZAS, M.A. e IGUÁCEL, P., 2007: «Apuntes de cronología celtibérica para Calahorra», *Kalakorikos*, 12, 97-114.
- ARCO, R., 1950: «Sertorio y Huesca», *Argensola*, 1, 47-52.
- BARRANDON, N., 2011: *De la pacification à l'intégration des Hispaniques (133-27 av. J.C.)*, Paris.
- BELTRÁN, A., 1984: «Numismática antigua del área de Calahorra», en *Calahorra. Bimilenario de su fundación, I simposium de historia de Calahorra* (Calahorra-1982), 53-67, Madrid.
- BELTRÁN, M., 1976: *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza.
- BELTRÁN, M., 1979: *El poblado ibérico de Castillejo de La Romana*, Excavaciones Arqueológicas en España, 103.
- BELTRÁN, M., 2013: *Azaila. Estado de la cuestión en el año 2013. Contiene documentación inédita de Juan Cabré, Caesaraugusta* 83, Zaragoza.
- BESSAC, J.C., 1992: «L'analyse des techniques de construction en pierre et en brique crue», *Dossiers de l'Archéologie*, 172, 70-82.
- BURILLO, F., 1980: *El Valle Medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Hueva y Jiloca medio*, Zaragoza.
- BURILLO, F., 1995: «Celtiberia: monedas, ciudades y territorios», *Anejos del Archivo Español de Arqueología*, XIV, 161-177.
- BURILLO, F., 2005: «Los Castellares de Herrera de los Navarros», en A. Jimeno (ed.), *Celtiberos, tras la estela de Numancia. Catálogo de la exposición* (Soria-2005), 109-117, Soria.
- BURILLO, F., 2006a: «Oppida y ciudades estado en el Norte de Hispania con anterioridad al 153 a. C.», en F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, 35-70, Mara.
- BURILLO, F., 2006b: «La ciudad estado de Segeda I», en F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, 203-240, Mara.
- BURILLO, F., ARANDA, A., PEREZ, J.A y POLO, C., 1995: «El poblamiento celtibérico en el valle medio del Ebro y Sistema Ibérico», en F. Burillo (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre celtiberos* (Daro-ca-1994), 245-265, Zaragoza.

- CADIOU, F., 2008: *Hibera in terra miles: les armées romaines et la conquête de l'Hispanie sous la république (218-45 av. J.C.)*, Madrid.
- CAMPO, M., 2002: «La producción d'Untikesken i Kese: funció circulació a la ciutat i al territori», en E. Carbonell (ed.), *Funció i producció de les seques indígenes, VI Curs d'Història Monetària d'Hispania*, (Barcelona-2001), 77-104, Barcelona.
- CARMONA, J.M., DE LAS CUEVAS, C., FONT, X., CARCELLER, F., BARBERA, M. y ANDREU, A., 1989: «Mineralogía de los yacimientos de Pb-Zn-Ag de Valdelplata (Moncayo)», *Turiaso*, IX, 187-202.
- CASTIELLA, A., 1977: *La edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Pamplona.
- CASTRO, P. y MIRÓ, R., 1995: «El C14 y la resolución de problemas arqueológicos. La conveniencia de una reflexión», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 5, 252-260.
- CEBOLLA, J.L., ROYO, J.I. y RUIZ, F.J., 2012-2013: «Novedades sobre la extensión y cronología del oppidum celtibérico de «La Oruña» (Vera de Moncayo y Trasmoz, Zaragoza)», *Turiaso*, XXI, 33-66.
- CERDEÑO, M.L., 1986: «Una fecha de C14 para los campos de urnas de la meseta oriental», *Zephyrus*, 39, 113-117.
- CERDEÑO, M.L., GARCIA, R. y ARENAS, J., 1995: «El poblamiento celtibérico en la región del Alto Jalón y el Alto Tajo» en F. Burillo (coord.), *Poblamiento celtibérico, III Simposio sobre celtiberos* (Daroca-1994), 157-178, Zaragoza.
- CINCA, J.L. y GARCIA, A., 1991: «Un nuevo tramo de cloaca romana descubierto en Calahorra (La Rioja)», en VV.AA., *Arqueología de Calahorra: Miscelánea*, 139-181, Logroño.
- CURCHIN, L.A., 1996: *España romana. Conquista y asimilación*, Madrid.
- DOMERGUE, C., 1990: *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité romaine*, Roma.
- DOMÍNGUEZ, A., 1979: *Las cecas ibéricas del valle del Ebro*, Zaragoza.
- ESPINOSA, U., 1984: «Calagurris y Sertorio», en *Calahorra. Bimilenario de su fundación, I simposium de historia de Calahorra* (Calahorra-1982), 189-195, Madrid.
- FATÁS, G., 1974: «Los sedetanos como instrumento de Roma: la importancia y la significación de la Salduie ibérica en la romanización de la cuenca del Ebro», *Anejos del Archivo Español de Arqueología* VII, 105.
- FATÁS, L., GRAELLS, R., LORRIO, A.J. y ROMEO, F., 2014: «Dos nuevos cascos hispano-calcídicos en contexto urbano: los oppida celtibéricos de Aratis (Aranda de Moncayo, Zaragoza) y Contrebia Carbica (Villas Viejas, Cuenca)», *Boletín del Seminario de estudio de Arte y Arqueología*, LXXX, 13-51.
- FERRERUELA Y MÍNGUEZ, J.A., 2006: «Excavaciones en la ciudad romanorrepública de La Cabañeta (El Burgo de Ebro, Zaragoza): campañas de 2004 y 2005», *Salduie*, 6, 331-339.
- FERRERUELA, A. y SIMÓN, M.ª P., 1994: «Informe sobre las prospecciones arqueológicas realizadas en los yacimientos de La Cabañeta, (Burgo de Ebro) y La Corona (Fuentes de Ebro), así como en sus áreas de influencia», en J.L. Acín y J.I. Royo (coords.), *Arqueología Aragonesa 1994*, 21-29, Zaragoza.
- FRANGANILLO, D., 2015: «Los sistemas defensivos de una ciudad celtibérica a finales de la II edad del Hierro. El caso de Segeda II (Belmonte de Gracián, Zaragoza)», en O. Rodríguez et alii (coords.), *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio*, 385-398, Zamora.
- GARCÍA GARRIDO, M. y VILLARONGA, L., 1987: «Las monedas de la Celtiberia», *Gaceta numismática*, 86-87, 35-63.
- GARCÍA MARCO, F.J., 1993: *Las comunidades mudéjares de Calatayud en el siglo XV*, Calatayud.
- GARCÍA MORA, F., 1991: *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio*, Granada.
- GARCIA RIAZA, E., 2006: «La expansión en Celtiberia», en F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, 81-95, Mara.
- GOMIS, M.V., 2001: *Las acuñaciones de la ciudad celtibérica de Segeda/Sekaiza*, Teruel-Zaragoza.
- GROS, P., 1992: «Moenia: aspects défensifs et aspects représentatifs des fortifications», en S. Van de Maele y J.M. Fossey, *Fortificationes antiquae*, 125-167, Amsterdam.
- IGEA, J. ET ALII, 2008: «Estudio Arqueométrico de cerámicas procedentes de cinco alfares celtibéricos del sistema ibérico central», *Boletín de la sociedad española de cerámica y vidrio*, 47, 1, 44-55.
- JIMENO, A., 2011: «Las ciudades celtibéricas de la Meseta Oriental», *Complutum* 22, 223-276.
- JUNYENT, E., 1972: «Los materiales del poblado ibérico de Margalef en Torregrosa (Lérida)», *Pyrenae*, 8, 89.
- JUNYENT, E. ET ALII, 1989: «Arqueología i ciutat», en VV.AA., *Història urbana i intervenció en el centre històric, III Setmana d'Estudis Urbans* (Barcelona 1988), 189-215, Barcelona.
- KEEGAN, J., 1978: *The face of the battle*, London.
- KNAPP, R.C., 1977: *Aspects of the Roman experience in Iberia, 200-106 B.C.*, Valladolid.
- KNAPP, R.C., 1980: «Cato in Spain, 195/194 B.C.: Chronology and Geography», en C. Deroux (ed.), *Studies in Latin Literature and Roman History*, vol. 2, 21-56, Bruselas.
- LE ROUX, P., 1995: *Romains d'Espagne. Cités et politique dans les provinces, Ile siècle av. J.C. – IIIe siècle ap. J.C.*, París.
- LORRIO, A.J., 1997: *Los Celtiberos*, Alicante.
- LORRIO, A., GÓMEZ, P., MONTERO, I. y ROVIRA, S., 1999: «Minería y metalurgia celtibérica», en F. Burillo (coord.), *La economía. IV Simposio sobre celtiberos*, (Daroca-1998), 161-180, Zaragoza.
- LUGLI, G., 1957: *La tecnica edilizia romana*, Roma.
- LUIK, M., 2002: *Die Funde aus den römischen Lagern um Numantia im Römisch-Germanischen Zentralmuseum, Kataloge vor-und fruhgeschichtlicher Altertümer*, 31, Mainz.
- MARTINEZ, J.P. y ARENAS, J.A., 1997: «La explotación del hierro en el curso alto del río Mesa (Guadalajara) en época celtibérica», en F. Burillo (coord.), *La economía*.

- IV Simposio sobre celtíberos*, (Daroca-1998), 203-208, Zaragoza.
- MARTÍN-VIVALDI, J.M. Y ARAGONÉS, E., 1989: «El potencial minero del área del Moncayo», *Turiaso*, IX, 71-89.
- MARTÍNEZ, J.A., 2014: «La I Guerra Celtibérica en el contexto del expansionismo romano. Una valoración comparativa», en F. Burillo y M. Chordá, M., *Nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones, VII simposio sobre celtíberos*, (Daroca-2012), 453-459, Zaragoza.
- MATA, J.M., 1989: «Introducción al estudio de las mineralizaciones del Moncayo y de sus alrededores», *Turiaso*, IX, 163-174.
- MONTENEGRO, A., BLAZQUEZ, J.M. y SOLANA, J.M., 1986: *Historia de España: España Romana*, Madrid.
- MORA, B., 2006: «Metrología y sistemas monetarios en el Península Ibérica (siglos V-I a. C.)», *XII Congreso Nacional de Numismática*, 23-61, Madrid-Segovia.
- MORET, P., 1990: «Fortins, tours d'Hannibal et fermer fortifiées dans le monde ibérique», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXVI (1), 5-43.
- PASCUAL, G. y RIBERA, A., 2013: «El material más apreciado por los antiguos. Las ánforas», en A. Ribera (coord.), *Manual de cerámica romana. Del mundo helenístico al imperio romano*, 215-289, Alcalá de Henares.
- PELLICER, M., 1962: «La cerámica ibérica del Valle del Ebro», *Caesaraugusta*, 19-20, 37ss.
- PÉREZ, A., 2014: «Coaliciones en el mundo celtibérico», en F. Burillo y M. Chordá, M., *Nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones, VII simposio sobre celtíberos*, (Daroca-2012), 161-177, Zaragoza.
- PÉREZ, G., 1995: «Arqueología», en M.A. Pérez (coord.), *El habla, historia y costumbres de Oseja y Trasobares*, Zaragoza.
- PINA, F., 2006: «Imperialismo y estrategia militar en la conquista de Hispania Citerior (218-153 a. C.)», en F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, 71-80, Mara.
- PINA, F., 2014: «Les guerres de conquête en Hispanie et l'acquisition de clientèles provinciales», en F. Cadiou y M. Navarro (eds.), 2014: *La guerre et ses traces: conflicts et sociétés en Hispanie... (IIIe-Ier s. a.C.)*, 443-456, Bordeaux.
- POLO, C., 1997: «La metalurgia del hierro durante la época celtibérica en Sierra Menera (Guadalajara-Teruel)», en F. Burillo (coord.), *La economía. IV Simposio sobre celtíberos*, (Daroca-1998), 195-202, Zaragoza.
- POLO, C. y VILLAGORDO, C., 2004: «Del poblamiento fortificado al asentamiento en llano: la evolución de los asentamientos rurales en el Sistema Ibérico Central (s. III – I a. C.)», en P. Moret y T. Chapa (eds.), *Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (s. III a. C. – I d.C.)*, 157-175, Madrid.
- PRINCIPAL, J. y RIBERA, A., 2013: «El material más apreciado por los arqueólogos. La cerámica fina. La cerámica de barniz negro», en A. Ribera (coord.), *Manual de cerámica romana. Del mundo helenístico al imperio romano*, 42-146, Alcalá de Henares.
- QUESADA, F., 2006: «La Celtiberia y la guerra», en F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, 149-168, Mara.
- RAMÓN, N., ZAPATER, M.A. y TILO, M^a.A., 1991-1992: «Un alfar de época ibérica en Allueva (Teruel): Cerra la Viña I», *Kalathos*, 11-12, 177-204.
- RICHARDSON, J.S., 1986: *Hispaniae. Spain and the development of Roman Imperialism. 218-82 B.C.*, Cambridge.
- RIPOLLÉS, P.P. y LLORENS, M.M., 2002: *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*, Sagunto.
- ROLDAN, J.M., 1989: «Impulsos políticos de la conquista de Hispania en el siglo II a.C.», en M^a. J. Hidalgo de la Vega (ed.), *Homenaje a Marcelo Vigil Pascual*, 61-79, Salamanca.
- ROLDAN, J.M. y WULFF, F., 2001: *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid.
- ROMEO, F., 2002: «Los influjos mediterráneos en los sistemas defensivos ibéricos. Reflexiones sobre las fortificaciones del valle medio del Ebro», en P. Moret y F. Quesada (coords.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, Seminario celebrado en la Casa de Velázquez (Madrid-1996), 153-188, Madrid.
- ROMEO, F., 2005: «Notas para un glosario de términos referentes a los sistemas defensivos de la Antigüedad», *Salduie*, 5, 191-213.
- ROMEO, F., 2006: «Reflexiones sobre el asedio de la ciudad ibérica del Cabezo de Alcalá de Azaila», *Boletín del Museo de Zaragoza*, 18, 25-55.
- ROMEO, F. y ROYO, J.I., 2015: «Los sistemas defensivos de los asentamientos y ciudades ibéricas del valle medio del Ebro del siglo III a. I a. C. Éxito y olvido de un modelo tardío». En O. Rodríguez *et alii* (Coords.), *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio*, 341-360, Zamora.
- ROYO, J.I. y BURILLO, F., 1996: «El yacimiento del Castillo de Cuarte (Zaragoza) y su contribución al conocimiento del inicio del ibérico pleno en el valle medio del Ebro», en J. Rovira (ed.), *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre, Taules rodones d'Arqueologia I* (San Feliu del Vallés, 1994), 387-398, Barcelona.
- ROYO, J.I. y CEBOLLA, J.L., 2005: «La búsqueda de la Bilibis celtibérica», en A. Jimeno (ed.), *Celtíberos, Tras la estela de Numancia. Catálogo de la exposición* (Soria-2005), 153-161, Soria.
- ROYO, J.I. y ROMEO, F., 2015: «Poblados fortificados de la primera Edad del hierro en el Valle Medio del Ebro: Origen, tipología e implicaciones», en O. Rodríguez *et alii* (coords.): *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio*, 361-384, Zamora.
- RUIZ, M., 1968: *Las acuñaciones hispano-romanas de Calagurris. Su ordenación cronológica y su trascendencia histórica*, Barcelona.
- SACRISTÁN, J.D., 1984: *La edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid.

- SÁENZ, C. y MARTIN-BUENO, M.A., 2015: *La ciudad celtibero-romana de Valdeherrera (Calatayud, Zaragoza)*, Zaragoza.
- SALCEDO, L.E., 2011: *Tempus Solaris. Algunas nociones sobre la actividad solar; las variaciones seculares del C14 atmosférico y los estados del isótopo de Carbono*, Lima.
- SANMARTI, E. y SANTACANA, J., 1991: «Les fortificacions ibèriques de la Catalunya central i costanera», en *Simposi Internacional d'Arqueologia ibèrica* (Manresa-1990), 127-147, Manresa.
- SCHULTEN, A., 1949: *Sertorio*, Barcelona.
- SOPENA, G., 1995: *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*, Zaragoza.
- SPANN, P., 1976: *Quintus Sertorius: citizen, soldier, exile*, Austin.
- VILLAR, J.A., 1986: *Ab Urbe Condita*, Traducción para Biblioteca Básica Gredos, Madrid.
- VILLAR, F., 1995: «Nueva interpretación de las leyendas monetales celtibéricas», *Anejos Archivo Español de Arqueología* XIV, 337-345, Madrid.
- VILLARONGA, L., 1964-1965: «Notas a un hallazgo de denarios en Maluenda (Zaragoza)», *Ampurias*, XXVI-XXVII, 165-179.
- VILLARONGA, L., 1979: *Numismática antigua de Hispania. Iniciación a su estudio*, Barcelona.
- VILLARONGA, L., 1993a: *Tresors monetaris de la Península Ibèrica anteriors a August: repertori i anàlisi*, Barcelona.
- VILLARONGA, L., 1993b: «Las emisiones monetarias con el tipo de cabeza vascona», en *Studia Paleohispanica et indogermanica. J. Untermann ab Amicis hispanicis oblata, Aurea Secula*, 10, 297-316.
- VILLARONGA, L., 1998: «Metrología de les monedes antigues de la Península Ibèrica», *Acta numismática*, 28, 53-74.
- VILLARONGA, L. y HERRERO, J.A., 1994: *Corpus Nummun Hispaniae ante Augusti Aetatem*, Valencia.
- VIVES, A., 1924-1926: *La moneda hispánica*, Madrid.
- WATTENBERG, F., 1963: *Las cerámica indígenas de Numancia*, Bibliotheca Praehistorica Hispana IV, Madrid.

Recepción: 30-11-2015

Aceptación: 13-04-2016